

FÉLIX DÍAZ Y EL EXILIO MEXICANO

Peter V. N. Henderson*
Héctor L. Zarauz López**

Desde la Antigüedad hasta nuestros días, diversas circunstancias han obligado a que la gente deje sus hogares en contra de su voluntad buscando refugio en tierras ajenas. Antes de Moisés, los judíos salieron del Medio Oriente para ir a Egipto buscando preservar su religión y sus costumbres. Disidentes religiosos en la Inglaterra del siglo XVII abandonaron su tierra por razones similares. La política también fue causa de expulsión: Malcolm, hijo del asesinado rey Duncan, escapó del tiránico Macbeth; los jacobistas escaparon de Guillermo de Orange durante la Revolución de 1688; emigrados franceses huyeron de los terrores de la Revolución de 1789, y los *tories* buscaron refugio en Canadá después de la Independencia de Estados Unidos, por citar sólo algunos casos.

Sin embargo, el fenómeno (más bien común) del exilio no ha sido objeto de muchos estudios historiográficos, comparado con los trabajos que hay sobre las revoluciones.¹ La razón para explicar este desequilibrio puede ser que los triunfadores realizaron cambios en sus países, y desde esa perspectiva estudiar a “los perdedores” ha sido un objetivo menos atractivo. Ciertamente, esta generalización ha sido extensiva para la Revolución mexicana, que desplazó a un número significativo de personas, que apenas ha merecido algunas palabras entre cientos de narraciones en torno a este proceso. Obviamente, este artículo está dirigido a llenar ese importante vacío.

En función de ese fin, aquí se tratará de examinar la mentalidad de los exiliados. Al respecto, Eduard Everett Hale fue de los primeros en explorar cómo se percibe el exilio en su libro *The Man without a Country*.² A diferencia de un inmigrante que es libre para regresar a su tierra en cualquier momento,³ un exiliado es permanentemente separado de su hogar y sus amigos, hasta que sea perdonado por el gobierno en el poder. En el caso mexicano, para varios de estos exiliados políticos regresar a casa se convirtió en una misión de vida, particularmente para los asociados con

* Profesor, Winona State University. peter.henderson@winona.msus.edu.

** Facultad de Economía. hector.zarauz@gmail.com.

¹ Al respecto, véase James Lees-Milne, *The Last Stuarts: British Royalty in Exile* (Nueva York: Scriber, 1984). También, Daniel Maratos, *Escritores de la diáspora cubana* (Methuen, N. J., Scarecrow Press, 1986).

² Edward Everett Hale, *The Man without a Country* (Nueva York: W.M. Caldwell, 1897).

³ James T. Scobie, *Revolution on the Pampas: A Social History of Argentine Wheat* (Austin: University of Texas Press, 1964); también la obra de Carl Solberg, *Immigration and Nationalism, Argentina and Chile, 1890-1914* (Austin: University of Texas Press, 1970).

el gobierno de Victoriano Huerta, quienes tuvieron menos recursos que los exiliados porfiristas. Los primeros expulsados por la caída del porfiriato en 1911 emigraron principalmente a Francia, donde crearon una colonia y llevaron un elegante estilo de vida.⁴ A la caída de la dictadura de Huerta, un mayor número de exiliados huyó tanto hacia Estados Unidos como a Cuba, donde casi todos tuvieron que trabajar para vivir y la mayoría planearon su retorno.

La lucha del exilio no se concentró sólo en recuperar posición social y económica; también hubo un problema filosófico que mantuvo viva la lucha, porque de otra manera hubiera degenerado en una simple guerra de destrucción. En febrero de 1917, los constitucionalistas crearon una nueva Constitución que incrementó notablemente el poder del Estado. Tanto para porfiristas como para huertistas, la Constitución de 1917 representó un rechazo a la herencia liberal del siglo XIX, que era el centro de sus creencias. Además, varios de los enemigos de Carranza, que anteriormente habían apoyado la revolución, como la gente de Francisco Villa y Emiliano Zapata, tenían serias dudas sobre la sabiduría de la nueva Constitución; para ellos, el gobierno había ejercido el poder tiránicamente en el pasado y no era merecedor de confianza. ¿Por qué debían, entonces, entusiasmarse con una Constitución que prometía fortalecer el mismo ente que temían y despreciaban?

Esta investigación prueba la hipótesis de que todos los exiliados que huyen por razones personales, esperan regresar a su tierra.⁵ También se tratará de saber cómo se concebía a los exiliados ligados a Félix Díaz y qué motivó a otros a buscarlos como líderes. Finalmente, se examinará el destino de este exilio en el periodo posterior a 1920, cuando claramente la carrera política de Díaz había terminado, aunque siguió constituyendo un problema para el gobierno mexicano. Así, al examinar la vida de Díaz y sus seguidores, obtendremos una idea del destino de uno de los exilios de la Revolución mexicana.

Félix Díaz: el exilio político

Poder, privilegios y familia, todo favoreció al joven Félix Díaz, quien ganó presencia durante la década final del porfiriato. Como sobrino favorito de don Porfirio, el joven Félix se convirtió en un exitoso empresario, adquirió propiedades, tanto rurales como urbanas, por toda la nación. El tener información privilegiada acerca de proyectos de desarrollo le permitió capitalizar oportunidades, al igual que otros pocos privilegiados, aunque no tuvo reputación de corrupto como su primo Porfirio Díaz Jr.,⁶ Félix Díaz se movió en los elegantes círculos sociales de la capital, mas

⁴ Carlos Tello Díaz, *El exilio: un relato de familia* (México: Cal y Arena, 1993), e Ingrid Frey, "First Tango in Paris: Latin Americans in Turn-of-the-century France" (Los Ángeles: UCLA, 1996, tesis doctoral).

⁵ Paul Tabori, *The Anatomy of Exile* (Londres: George G. Harrap, 1972).

⁶ Peter V.N. Henderson, *Félix Díaz, the Porfirians and the Mexican Revolution* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1981).

no en la misma escala que las familias de la verdadera elite. Se convirtió en general sin nunca haber entrado en combate, aunque al parecer era un ingeniero militar suficientemente diestro.⁷ Félix Díaz sirvió lealmente a su tío como jefe de la policía en la ciudad de México; al respecto, los extranjeros encontraban que los gendarmes de la capital eran eficientes y educados, y la banda de la policía era de las mejores del país. Además, la policía mantuvo baja la tasa de criminalidad, lo cual contribuyó a la reputación que tenía México de ser un lugar de ley y orden.

De todas formas, el estatus favorable de Félix Díaz estaba limitado a ámbitos económicos y sociales. Cuando trató de ingresar al ámbito político como opositor en las elecciones de Oaxaca en 1902, su tío calmó sus ambiciones y lo envió al extranjero por dos años. En el transcurso de la última década del porfiriato, Félix Díaz favoreció a varios políticos, como Bernardo Reyes y Teodoro Dehesa, quienes resistieron al grupo llamado los Científicos, quienes habían monopolizado el gabinete y obtenido varias gubernaturas alrededor del país. En 1909, esta oposición “leal”, que podríamos llamar de manera muy general anticientíficos, tenía la esperanza de lanzar un candidato a la vicepresidencia al año siguiente; sin embargo, Bernardo Reyes dejó a este grupo sin un candidato adecuado, al abandonar la carrera cuando Porfirio Díaz le ordenó ir a Europa en una misión militar.⁸ Entonces, Félix Díaz recibió la propuesta de varios de sus colegas para contender por el puesto, un rumor que rápidamente aplacó su tío pues, además de ser su familiar, el asunto tenía una connotación de dinastía oaxaqueña.⁹ Como consecuencia, los anticientíficos quedaron sin líder en 1910 y se enfrentaron a una decisión muy difícil. Tenían que elegir entre apoyar como candidato para vicepresidente, a quien se conocía como el hombre más odiado en México (el científico Ramón Corral), o hacer campaña por el candidato antirreeleccionista en ascenso, Francisco I. Madero, que había tenido la audacia de desafiar a Díaz por la presidencia.

En ese contexto, la estrategia militar de Madero fue convocar una serie de levantamientos para el 20 de noviembre, encabezados por políticos civilistas que había reclutado durante meses de campaña política. Mientras el fracaso más notorio del plan fue la conspiración de Aquiles Serdán en Puebla (frustrada por el jefe de la policía y el ejército), a los conspiradores en México no les fue mejor. Descubiertos por los operativos de Félix Díaz, la policía arrestó a miembros clave de la célula en la ciudad de México, mientras otros escapaban al exilio en Estados Unidos. El llamado de Madero a levantarse en armas el 20 de noviembre tuvo reverberaciones sólo en las áreas rurales de Chihuahua, donde la gente de Pascual Orozco y Pancho Villa derrotaron a pequeños destacamentos de tropas federales. El propio Madero fue forzado

⁷ Luis Liceaga, *Félix Díaz* (México: Jus, 1958), 13-14.

⁸ Henderson, *Félix Díaz...*

⁹ Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la Revolución* (México: Editorial Nacional, 1967), 311; también en Carleton Beals, *Porfirio Díaz Dictator of Mexico* (Filadelfia: J.B. Lippincott, 1932), 400. Por lo menos durante dos meses, era obvio que el dictador no toleraría la candidatura de su sobrino; en ese sentido, véase el mensaje de Francisco I. Madero a Manuel Bonilla, del 25 de marzo de 1910, en Archivo de don Francisco I. Madero: Epistolario 1910, vol. 3 (México: Ediciones de la SHCP), 97-98.

a retomar la frontera texana y planear el rescate de la revolución desde su cuartel general en San Antonio, Texas.¹⁰

Durante los últimos dos meses del porfiriato, el nombre de Félix Díaz emergió de nuevo mientras el dictador continuaba sus negociaciones con los líderes civiles de la rebelión maderista. Porfirio Díaz buscó un compromiso con Madero: que preservara intactos los logros del porfiriato: “No queríamos ver los logros de los últimos veinticinco años tirados a la basura”, dijo el ministro de Finanzas, José Yves Limantour. Para mostrar su buena disposición a comprometerse, Díaz destituyó de su gabinete a todos los científicos, excepto al indispensable Limantour, y lentamente reemplazó a los gobernadores de todos los estados. En mayo, envió a su sobrino Félix a Oaxaca como nuevo gobernador. Sin embargo, estas reformas se dieron demasiado tarde; el éxito militar maderista crecía, así que aumentaron sus demandas políticas. De manera que al final Díaz renunció, al igual que todo su gabinete y todos los gobernadores, y se exilió en Europa. Declinó una oferta del inversionista británico Lord Cowdray para establecerse en alguna de sus propiedades en Inglaterra, y por el contrario, se unió a los mexicanos que partieron a París en el *Ypiranga*.¹¹ Al mismo tiempo, Félix Díaz rechazó la oferta de su primo “Firio” de unirse a ellos, decidiendo que permanecería en México y haría una prueba en política como símbolo de la familia Díaz.¹²

La carrera de Félix Díaz durante los periodos de Madero y Huerta es demasiado conocida para abordarla aquí con gran detalle. El papel que intentó jugar fue el de “mano de hierro”, un mito que circuló luego del porfiriato. De acuerdo con esta visión de la historia nacional, la disparidad de culturas, los intereses regionales y política interna tendían a la desintegración de México, a menos que un “hombre fuerte”, como Porfirio Díaz (o el PRI posteriormente) se hicieran cargo de la nación. Seguidores de la antigua dictadura, pensaban que el mito tenía mucho sentido, especialmente cuando Madero probó incapacidad para calmar las múltiples revueltas que infestaron su periodo de gobierno. Félix Díaz también atrajo seguidores porque, como ya se dijo, personificaba a la familia Díaz. Pero quienes lo conocían bien tenían temores sobre las posibilidades de su éxito, incluso en contra del débil y cada vez más impopular Madero.

Díaz inició un golpe militar en octubre de 1912, en el puerto de Veracruz. En este primer intento por echar a Madero, mostró todos los defectos que repetiría en su carrera revolucionaria. En vez de maniobrar activamente con sus tropas y marchar

¹⁰ Friedrich Katz, *The Life and Times of Pancho Villa* (Palo Alto: Stanford University Press, 1998). Asimismo, en Charles C. Cumberland, *The Mexican Revolution: Genesis under Madero* (Austin: University of Texas Press, 1952).

¹¹ Carta de Porfirio Díaz a Francisco León de la Barra, 30 de mayo de 1911, en Archivo Francisco León de la Barra, CEHM, c.1, l. 88; carta de León de la Barra a Díaz, 5 de octubre de 1911, Archivo Particular de Gildardo Magaña, UNAM, en lo sucesivo AGM, c.19, exp.5, d. 4; de León de la Barra a Díaz, 1º de junio de 1911, AGM, c. 18, exp.1, d. 33; de John Body a Lord Cowdray, 27 de mayo de 1911, Weetman Pearson Papers, University of Texas, Austin, microfilme (en lo sucesivo citado como Pearson Papers), caja 161, caja A-3; de Porfirio Díaz a Lord Cowdray, junio de 1911, Pearson Papers, caja 161. Asimismo, Carlos Tello Díaz describe el exilio de Díaz y su familia.

¹² Véase la carta de Félix Díaz a su primo Porfirio Díaz hijo, 30 de mayo de 1911, en Colección Porfirio Díaz (en lo sucesivo CPD), leg. 70, doc. 012030.

en dirección de un objetivo militar, Díaz aguardó pasivamente a que otras unidades militares se le unieran. Cuando éstas dudaron, fuerzas federales leales entraron al puerto y lo capturaron casi sin disparar. Éstas fueron apenas las primeras acciones en busca de dar forma al mito de la “mano de hierro”, con las que muchos de los seguidores tendrían sus dudas sustentadas. Díaz apenas si actuó en su segunda rebelión contra Madero, la llamada Decena Trágica, en febrero de 1913. En esta ocasión, por lo menos tuvo el tino de unirse con otro porfirista que tenía popularidad, el general Bernardo Reyes, que fue muerto en su primera irrupción. Refugiado en La Ciudadela, se afianzó y esperó a que otras unidades se le unieran. No fue de extrañarse que cuando el comandante federal Victoriano Huerta cambió de bando, ya estuviera listo para forzar a Díaz a que aceptara un papel secundario.

Durante el periodo de Madero, Díaz emitió varios planes políticos, explicando su posición sobre asuntos nacionales, vacilando entre simples declaraciones en favor de reasumir el orden y crecimiento económico, hasta comentarios más sofisticados en los cuales parecía refrendar el consenso progresivo que había emergido en 1911 (una confluencia de ideas de maderistas civilistas y porfiristas, que adoptaban reformas moderadas similares a las sugeridas por los progresistas de Estados Unidos y Europa); el caso es que Díaz no tenía un programa claramente identificable. Permanecía más como un símbolo que como un líder, y como un símbolo pasivo probó ser vulnerable a las ambiciones de Huerta. Sistemáticamente, Huerta empujó a Félix Díaz y su gabinete, lleno de felicistas, al exilio en el verano de 1913, aunque Díaz volvería quijotescaamente para contender en las elecciones de octubre. En suma, a fines de 1913, Félix Díaz, el símbolo de la vieja dictadura, había perdido credibilidad como potencial “mano de hierro”, y había dejado México para exiliarse en Estados Unidos.¹³

Entre los exilios mexicanos, el vivido por Félix Díaz es un tanto peculiar, pues transcurrió en tres momentos distintos: siendo candidato a la presidencia de la república, después del golpe militar a Madero, debió salir del país un tanto forzado por una comisión asignada por el presidente interino Victoriano Huerta, para que visitara en Japón al emperador; ese año volvió fugazmente, sólo para salir de nuevo del país debido a las amenazas que se corrían en su contra por parte del propio Huerta. Volvió al país a pelear contra Venustiano Carranza, pero fue nuevamente expulsado de México al triunfar la facción obregonista, para de nuevo urdir planes de derrocamiento en contra de Adolfo de la Huerta, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles. Finalmente, su retorno a México se daría en el marco de las amnistías promovidas por el gobierno mexicano, a la cual se acogió ya sin ambiciones políticas.

De viaje a Japón

Luego de consumarse el golpe militar a Madero, las facciones golpistas, es decir, las encabezadas por Félix Díaz y Victoriano Huerta, se reunieron en la embajada de Estados Unidos auspiciadas por el embajador Henry Lane Wilson. Ahí suscribieron

¹³ Henderson, *Félix Díaz...*, 35-106 y Liceaga, *Félix Díaz*, 319-331.

el llamado Pacto de la Embajada, acordando que Victoriano Huerta asumiría la presidencia interina, con un gabinete de hombres seleccionados por el propio Díaz, quien lanzaría su candidatura a la Presidencia de la República, de manera que Félix Díaz parecía tener la mesa puesta para asumir el poder. Sin embargo, no contaba con que Huerta tenía otros planes.

Esto empezó a esbozarse cuando, en los arreglos sucedidos en la embajada estadounidense el 18 de febrero de 1913, Huerta se negó obcecadamente a dejar la presidencia interina a Félix Díaz o a alguno de sus hombres; adujo entonces los fuertes compromisos adquiridos y que el ejército no permitiría que alguien más encabezara la administración del país, pero a cambio cedió en los nombramientos de lo que sería su primer gabinete.

Muy pronto Huerta dio más muestras de sus intenciones. Empezó por presionar a sus ministros, seguirlos, intimidarlos hasta hacerlos renunciar uno a uno, nombrando como sustitutos a incondicionales suyos. Así, dimitió Alberto García Granados a la Secretaría de Gobernación, luego de dos meses de labores; el secretario de Guerra y complotista principal, general Manuel Mondragón, renunció en junio, al igual que Jorge Vera Estañol a la Secretaría de Instrucción Pública; en julio, claudicaron el secretario de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra, y en la de Fomento, Alberto Robles Gil; el de Hacienda, Toribio Esquivel Obregón, y el de Agricultura, Manuel Garza Aldape. El último representante del felicismo, Rodolfo Reyes, renunció el 11 de septiembre al Ministerio de Justicia. De manera que en cuatro meses Huerta casi se había deshecho del gabinete que Félix Díaz le había impuesto, pero aún le faltaba el movimiento de piezas que le permitiera eliminar a Díaz mismo. Esto lo haría el 17 de julio de 1913, cuando escribió al emperador Yoshihito de Japón, para agradecer su asistencia a los festejos del Centenario, por lo cual en reciprocidad nombraba como embajador especial al general Félix Díaz.

Las intenciones de Huerta eran obvias; Félix Díaz no quiso ni pudo evitar tal comisión y al día siguiente contestó que aceptaba ese “honor tan especial”, conservando la esperanza de regresar a México a tiempo para participar en las elecciones que debían realizarse a finales de octubre. Así, más forzado que por voluntad propia, salió rumbo al lejano Oriente. Al parecer, Díaz consideró inviable quedarse en ese momento en México; Victoriano Huerta tenía control del ejército, del gabinete, de las Cámaras, así que aceptó ese primer exilio disfrazado de comisión diplomática, con la esperanza de relevar a Huerta por la vía electoral.¹⁴ La decisión demostró ser de una tibieza y una ingenuidad excesiva.

Ante lo inevitable del viaje, Félix Díaz trató de apretar el paso para volver a México a tiempo para los comicios. Primero tomó un vapor a San Francisco, en agosto estaba en Portland rumbo a Vancouver; su plan era llegar a Japón, entregar el obsequio que llevaba para el emperador, tomar camino de regreso y estar listo para el

¹⁴ Félix Díaz diría en su aceptación de esta comisión al Oriente: “Quedo asimismo entendido del propósito del Sr. Presidente, relativo a que pueda yo encontrarme de vuelta en tiempo oportuno para cumplir mis compromisos políticos relacionados con la elección presidencial”. Véase Archivo de Félix Díaz (en lo sucesivo AFD), conservado en CEHM de Condumex, carpeta 1, leg. 72.

15 de octubre. Pero ahí recibió instrucción de trasladarse a Europa. Así que cruzó toda la Unión Americana, tomó un barco y llegó a Francia. En París de nuevo él y su comitiva recibieron órdenes de detenerse y luego de continuar a Japón. Finalmente, el 24 de septiembre Huerta lo relevaría de su comisión diplomática. Díaz decidió entonces volver a México vía Cuba, adonde llegó en septiembre. Ahí sufrió un atentado en el cual casi pierde la vida, presumiblemente atribuido a agentes huertistas, aunque éstos se hacían pasar por carrancistas.¹⁵

Resulta que mientras Félix Díaz y un reducido grupo de allegados paseaba cierta noche por el malecón de La Habana, se encontró con otro grupo de mexicanos con quienes se hicieron de palabras por cuestiones de política, hasta que uno de ellos, llamado Pedro Guerrero, se abalanzó sobre Díaz dándole una cuchillada, mientras alguien del grupo felicista respondía dando un balazo en la región glútea al agresor. Este incidente provocaría un juicio contra Félix Díaz y sus acompañantes: Cecilio Ocón, Luis Ángel Maldas y Harry Berlinger.

De cualquier forma Díaz continuó con sus planes de volver a México, en donde sus correligionarios trataban de crear un ambiente favorable a su candidatura, aunque la situación para el felicismo decaía.¹⁶ Además, la rebelión de Carranza se multiplicaba por todo el país, dificultando la realización de las elecciones, por lo cual Huerta parecía un mal necesario para las “buenas conciencias”.

Díaz llegó al puerto de Veracruz el 23 de octubre; ese mismo día, apenas instalado, recibió un telegrama de Aureliano Blanquet (nuevo secretario de Guerra), en el que por instrucciones de Victoriano Huerta le pedía retirar su candidatura presidencial; se aducía que no era conveniente que usara su influencia como militar. Tan mal recibimiento no sorprendió a Díaz, pero eso no era nada, pues al día siguiente recibió otro telegrama, en esta ocasión del mismísimo Huerta, llamándolo a encontrarse con él en la capital.

Tal invitación parecía demasiado riesgosa y, desde luego, no quería correr la misma suerte de Madero y Pino Suárez, así que mejor escribió una carta dimitiendo a su candidatura y declinando el viaje a la ciudad de México.

El colofón sería que el día 27 de octubre Díaz hizo público un manifiesto en el que anunciaba su salida del país, pues no deseaba verse ligado a los procedimientos anti-constitucionales del nuevo gobierno, con lo cual selló su enemistad con Huerta.¹⁷

Así terminó un miniexilio o algo muy parecido a ello, el cual duró tres meses. En ese tiempo, Díaz sólo estuvo acompañado de un reducido grupo de allegados. Como tenía la firme creencia de que participaría en las elecciones y sería presidente, no

¹⁵ Véase entrevista con Víctor Velázquez realizada por Eugenia Meyer, en *Archivo de la palabra* (México: Instituto Mora, 1984), 142-145. El licenciado Velázquez había hecho el viaje con Félix Díaz. En torno a este mismo asunto existe un expediente en el Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores (en lo sucesivo ARE), exp.11-4-202 (II).

¹⁶ Miembros del Partido Popular Obrero y del Club Liberal Veracruzano manifestaban su simpatía, pero la verdadera situación se la plantearía Emeterio de la Garza, de filiación huertista, al señalarle que desde su partida a Japón el felicismo “ha desfallecido y se va extinguiendo por completo [...]”. AFD, carpeta 1, leg. 79, doc. 1.

¹⁷ Véase “Al Pueblo Mexicano”, en AFD, carpeta 1, leg. 83.

urdió planes de rebelión política o militar. Ahora iniciaría una segunda etapa y un exilio real, con la connotación abierta de enemigo del régimen y de intentar su derrocamiento.

El exilio

A partir de octubre de 1913 y hasta el mes de febrero de 1916, Félix Díaz iniciaría su segunda estancia forzada en el extranjero. Ahora, por preservar su integridad física y sus posiciones antihuertistas, se había convertido en un exiliado político. Así, el régimen de Huerta había provocado ya dos exilios: los maderistas y los felicistas.

Félix Díaz y sus seguidores tuvieron que buscar acomodo en alguna parte y conseguir recursos para iniciar un movimiento armado que derrocaria a Huerta. La primera parada fue La Habana, entre otras cosas para finiquitar el asunto del atentado, pero también ahí dio las primeras muestras de intentar la organización de un movimiento. Así, desde tierra cubana envió a dos emisarios buscando aliados: Cecilio Ocón fue a Washington seguramente en busca de recursos, mientras que el licenciado Bonales Sandoval fue a conferenciar con Pancho Villa, con resultados lamentables, pues el Centauro del Norte, aunque apreciaba a Bonales, lo amenazó de muerte si volvía a hacerle proposiciones de unificación con los asesinos de Madero.¹⁸ Sin embargo, en Cuba no encontró a los capitalistas que le permitieran organizar un movimiento, así que Díaz y seguidores se mudaron a Estados Unidos en febrero de 1914, primero a Nueva York y luego a Nueva Orleans. Estados Unidos era el lugar indicado, pues ahí se encontraban los inversionistas que pudieran interesarse en el derrocamiento de Huerta.

Al llegar a Nueva York, los felicistas tuvieron la oportunidad de difundir su lucha, pues se realizaba la conferencia del ABC (Argentina, Brasil y Chile), reunida

¹⁸ Informe de D. Nájera y de Pindter al secretario de Relaciones Exteriores, en ARE, exp. L-E-847 (9). Bonales Sandoval había sido el abogado de Villa durante la corte marcial que le hizo Victoriano Huerta en Chihuahua en 1912. También en la carta de John Lind a Nelson O'Shaughnessy, del 6 de febrero de 1914, Nelson O'Shaughnessy Papers, anexo de la New York Public Library, caja 1. En Luis Aguirre Benavides, *De Francisco I. Madero a Francisco Villa* (México: edición particular, 1966), 99, se menciona la dureza en el rechazo de Villa a tal propuesta. Un cónsul estadounidense reportó que Villa había ejecutado a felicistas que acompañaban a Bonales Sandoval; véase la carta de George Corouthers a William Jennings Bryan, 3 de febrero de 1914, Records Department of State, Internal Affairs of Mexico, 1910-1929, en National Archives Washington, D.C. (en lo sucesivo RDS), carrete 34, 812.00/10820. El retorno de Bonales Sandoval a La Habana fue notificado por D. Nájera y Pindter al secretario de Relaciones Exteriores el 7 de febrero de 1914, ARE, L-E-790 R, leg. 21 (11), 2; *New York World* asienta el mismo dato el 2 de mayo de 1915 en Isidro y Josefina Fabela, eds., *Documentos históricos de la Revolución Mexicana*, 27 vols. (México: Jus-FCE), 1960-1963, en lo sucesivo DHRM, vol. 16, 351-352. En una carta de 1915, Villa pedía a todos los mexicanos que se unieran a su movimiento, aunque notoriamente excluía a los felicistas; carta de Villa a Miguel Díaz Lombardo, 10 de junio de 1915, DHRM, vol. 16, 153-158. Más adelante, cuando Villa se encontraba en declive, un abogado amigo suyo se acercó a Díaz; véase Antonio Castellanos a Panuncio Martínez, 10 de septiembre de 1917, en Archivo Venustiano Carranza (en lo sucesivo AVC), c.115, y Antonio Castellano a F. Díaz, s.f., ibíd.

para mediar ante Woodrow Wilson por la crisis generada por la falta del reconocimiento diplomático a México. Wilson se había negado sistemáticamente a reconocer al “sanguinario” Huerta; de manera que se consideró como una posible salida a este *impasse*, la erección de una presidencia neutral y provisional encabezada por Félix Díaz. Sin embargo, Estados Unidos no mostró interés en tal propuesta.¹⁹

De cualquier forma, Félix Díaz empezó a movilizarse. Simultáneamente a su llegada, se informó que en Texas y Arizona se organizaba ya una insurrección en favor suyo y de Emilio Vázquez Gómez; la idea era que se levantara los generales Gustavo Guardiola y Miguel B. Álvarez, subordinados a Díaz. Supuestamente, trabajaban para ello Arturo E. Elías en San Antonio, Amador Sánchez en Laredo y Harry Berlinger en México.²⁰

En Estados Unidos, Díaz se encontró con que existía una enorme efervescencia política de mexicanos ahí establecidos, seguidores de Carranza que confabulaban, conseguían dinero y armamento para derrocar a Huerta. Los constitucionalistas habían adquirido popularidad y reconocimiento en amplios círculos del gobierno y de la sociedad estadounidenses; por ello, toda la atención estuvo centrada en los carrancistas, lo cual marcaría una primera fase de este exilio. Es un tiempo en que Díaz y sus seguidores se establecen y tratan de organizarse como grupo político.

Díaz y su esposa se avecindaron en Nueva Orleans al igual que algunos seguidores. Ocuparon todo un piso en un edificio de oficinas en el centro de la ciudad, desde donde se coordinarían sus actividades. Ahí empezó la organización del felicismo, tratando de establecer: 1) una red de seguidores, 2) contactos con el gobierno de Estados Unidos y 3) contactos con capitalistas mexicanos y estadounidenses que quisieran aportar dinero a la causa. Además, contrataron a un detective llamado Charles E. Jones para que realizara labores de espionaje; para mala suerte de los felicistas, Jones era un triple agente que vendía la información al FBI y al gobierno de Carranza.²¹

No obstante que la atención estaba con los carrancistas, había en el gobierno estadounidense voces disonantes que no se entusiasaban con el fervor revolucionario y que preferían una opción más conservadora. Fue así como se inició una relación que sería larga entre Félix Díaz y el senador Albert B. Fall, miembro ultraconservador

¹⁹ Emilio Rabasa a William Buckley, 13 de junio de 1914, en William F. Buckley Papers, Universidad de Texas, Austin, en lo sucesivo Buckley Papers, Conferencia de Niagara Falls, Vol. 52-56. Buckley fungió como consejero para los representantes de Huerta. También se puede consultar el diario de Agustín Rodríguez en el Archivo de Emilio Rabasa, Universidad de Texas, Austin, en lo sucesivo Rabasa Papers, fechado el 6 de junio de 1914. Esta historia apareció en los periódicos; véase Emilio Rabasa al secretario del Tesoro, 17 de junio de 1914, Rabasa Papers no. 30, 22. También véase W.H. Ellis a Francisco Vázquez Gómez, 8 de junio de 1914, Archivo Francisco Vázquez Gómez, Morris Library, Southern Illinois University, en lo sucesivo AFVG, caja 43, no. 2675. Vázquez Gómez asistió a las conferencias con aspiraciones presidenciales, por ello su archivo abunda sobre esta reunión. Véase el informe de Francisco Vázquez Gómez, 21 de julio de 1914, AFVG, caja 43, no. 2833-34; el informe de Vázquez Gómez del 15 de junio de 1914, *ibíd.*, no. 2702; informe de Vázquez Gómez del 11 de junio de 1914 *ibíd.*, no. 2752, y el informe de Vázquez Gómez del 26 de junio de 1914, *ibíd.*, no. 2746-47.

²⁰ Véase ARE, exp. L-E-795 (2).

²¹ Conversación con el profesor Michael Smith, Departamento de Historia, Oklahoma State University.

del Comité de Relaciones Exteriores. En principio, Fall señaló la necesidad de gestar una representación oficial ante el gobierno de Estados Unidos tal y como la que tenía Victoriano Huerta a través de Emeterio de la Garza, Venustiano Carranza a través de Eduardo Hay, y Villa con Lázaro de la Garza.²²

La situación de los exiliados cambió cuando el 14 de julio de 1914 Victoriano Huerta no pudo soportar los embates de constitucionalistas, zapatistas y villistas, y tuvo que dimitir al tiempo que salía del país.

A partir de entonces, se inició un segundo momento para el exilio felicista. Los planes de Félix Díaz y sus seguidores cambiaron de objetivo: con Huerta exiliado en España, el enemigo a vencer sería Venustiano Carranza, con cuyo programa de gobierno había notorias diferencias. Pero, y aun más importantes, fueron algunas disposiciones de Carranza, como la disolución y prescripción del ejército federal, lo cual generó otra ola de exilios, ahora de políticos y militares de cuño porfirista y huertista, así como del clero y terratenientes, que se desbordó por Cuba y Estados Unidos.

El clero se encontraba desencantado con los constitucionalistas. Algunos de los comandantes regionales, particularmente Pancho Villa, tenían una terrible reputación por cometer atrocidades en iglesias: usaban los santuarios como establos y robaban los edificios, de manera que el clero realmente deseaba que se restaurara el orden porfirista, en el cual la legislación anticlerical permanecía en los libros. De cualquier forma, el clero mexicano no estaba en posición de comprometerse en una guerra, así que Díaz se concentró en recaudar dinero de parroquianos en Estados Unidos.²³

Los grandes propietarios también tenían sus preocupaciones por Carranza, sobre todo a partir del decreto del 6 de enero de 1915, pues aunque no proponía una reforma agraria radical, la proclama había despertado el interés de quienes peleaban por la tierra. Ello también capturó la atención de gente como Félix Díaz, Victoriano Huerta y Francisco León de la Barra, cuyas propiedades fueron confiscadas. De esta forma, los propietarios sintieron la necesidad de comprometerse en la lucha contra Carranza y proteger sus propios intereses.²⁴

²² Véase la carta de Albert B. Fall a Félix Díaz, 2 de marzo de 1914, AFD, c. 1, leg. 95, doc. 1.

²³ Los excesos anticlericales en los primeros años de la Revolución mexicana han sido apropiadamente relatados por Robert Quirk en *The Mexican Revolution and the Catholic Church, 1910-1929* (Bloomington, University of Indiana Press, 1973), 40-111. El interesante recuento de Quirk señala algunos de los casos más notables de abusos contra el clero. También se puede consultar a Douglas Richmond, *Venustiano Carranza's Nationalist Struggle, 1893-1920* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1983). En la carta de Jesús Flores Magón a Guillermo Meixueiro, 2 de marzo de 1915, en AVC, c. 33, se hace un estimado menor, mientras el cónsul John B. Silliman a William Jennings Bryan, 10 de marzo de 1915, RDS, carrete 44, 812.00/14554, menciona más casos. En comparación, Díaz era pro clerical, aunque creía en dar vigor a las Leyes de Reforma. Por ejemplo, Díaz se negó a atender una solicitud de una tía suya para obtener un permiso para realizar una procesión religiosa en la ciudad de Oaxaca; véase la carta de Dolores Prieto a Félix Díaz, 22 de abril de 1913, Archivo Manuel González, Condemex, carpeta 3; y de Díaz a Dolores Prieto, carpeta 4; también en Liceaga, *Félix Díaz*, 359-360.

²⁴ Salvador Alvarado a Venustiano Carranza, 25 de enero de 1916, DHRM, 17: 21-23, no. 740. Mientras tanto, Obregón y los constitucionalistas estaban haciendo una coalición; véase Linda B. Hall, *Álvaro Obregón: Power and Revolution in Mexico* (College Station, Texas: A&M University Press, 1981).

Ante el triunfo del constitucionalismo, los exiliados mexicanos se empezaron a organizar y el 6 de febrero de 1915 fundaron la Asamblea Pacificadora de San Antonio, presidida por Federico Gamboa, con la participación de Jesús Flores Magón y el general Luis Medina Barrón, entre otros huertistas y felicistas. En abril se volvieron a reunir, ahora bajo el influjo felicista (Gamboa había renunciado), con el objetivo de recaudar cincuenta mil dólares. Contaba la reunión con el apoyo de algunos personajes de la Iglesia católica estadounidense, como el cardenal Gibbons y el arzobispo Mora, pues se consideraba que la iglesia aportaría diez mil dólares. Además, se emitiría una serie de bonos que serían manejados por una casa en Nueva York.²⁵

En este segundo momento, Félix Díaz y sus seguidores no eran el único grupo empeñado en derrocar a Venustiano Carranza; los intereses afectados eran amplios. Carranza había lastimado al clero, al ejército y terratenientes, de manera que el exilio y sus animosidades habían crecido notoriamente.

Paralelamente, el general Victoriano Huerta, exiliado en España, decidió volver a la lucha política y militar, sobre todo después de que entró en contacto con agentes alemanes que le ofrecieron financiar su campaña militar a cambio de declarar la guerra a Estados Unidos, ello con el claro objetivo, en el contexto de la primera guerra mundial, de abrir un frente que desviara la atención militar de los estadounidenses. El 31 de marzo de 1915, Huerta se embarcó a Estados Unidos, en donde hizo una campaña por conseguir recursos económicos y armamentísticos. Ahora, el exilio mexicano debía definir cuál de las opciones militares era la más viable para iniciar un movimiento armado. Por un lado, aparecía Félix Díaz, un militar que había mostrado ineficacia en su rebelión de octubre de 1912 y que se había dejado arrebatar la presidencia en 1913 y, por el otro, Victoriano Huerta, que gozaba de fama de ser uno de los mejores militares.

Huerta enseguida mostró que contaba con dinero, con prestigio en la comunidad de exiliados mexicanos y con la disposición de actuar. Esto, desde luego, afectó al felicismo, que no acababa de despegar. Definitivamente, Huerta le comió el mandado a Félix Díaz una vez más, ahora al convertirse en el centro de los exiliados anticarrancistas, concentrar dinero y armamento; el avance trabajosamente logrado por los felicistas rápidamente quedó en un plano secundario.

Para entonces Huerta era estrechamente vigilado por los espías de Estados Unidos, de Inglaterra y de México. Así, los agentes carrancistas informaban que en Estados Unidos habría diez mil oficiales y miembros del ejército huertista, con poco dinero y dispuestos a enriquecerse con la primera opción que les presentara la guerra;²⁶ por si fuera poco, Huerta tenía el apoyo de Pascual Orozco, Marcelo Caraveo, Francisco Castro e Inés Salazar. Sin embargo, no contaba con que el gobierno de Estados Unidos tenía conocimiento de sus planes: fue aprehendido junto con Pascual

²⁵ Véase Mario Ramírez Rancaño, *La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910* (México: Miguel Ángel Porrúa-IIS-UNAM, 2002), 135-141. También en AVC, carpeta 38, leg. 4131.

²⁶ Véase el informe del consulado general de México en Nueva York, mayo de 1915, AVC, carpeta 41, leg. 4460.

Orozco el 25 de junio de 1915, acusado de violar el estatus de neutralidad de ese país. Fueron liberados, previo pago de fianza; pero encarcelado de nuevo Huerta en la prisión militar de Fort Bliss entre julio y noviembre, por su enfermedad de cirrosis se le permitió permanecer con su familia hasta el 13 de enero de 1916, fecha de su muerte.

A partir de la captura de Victoriano Huerta, las miradas de los conservadores mexicanos exiliados volvieron hacia Félix Díaz, con la convicción de que podía ser la nueva “mano de hierro” de México.

Desde su llegada a Estados Unidos, Félix Díaz había tenido la competencia de otros grupos de exiliados para la consecución de recursos económicos y militares, primero los constitucionalistas y luego los huertistas, pero en la segunda mitad de 1915, el felicismo era probablemente el grupo más organizado entre los exiliados mexicanos.

Habían formado la Junta Felicista con sede en Nueva Orleans, en donde residía el propio Díaz y su secretario Guillermo Rosas; desde ahí se trataba la formación y coordinación con juntas en otras poblaciones de Estados Unidos. El segundo en el escalafón era Pedro del Villar, que residía en Nueva York; otros miembros directivos eran Aureliano Blanquet, Ignacio de la Torre y Mier, Joaquín Amor y el doctor Vicente Sánchez.

En este tiempo la junta preparó el retorno de Félix Díaz a México, al frente de un movimiento armado para derrocar a Venustiano Carranza y al gobierno revolucionario.

La rebelión de Díaz enfrentaría un ambiente distinto al que habían tenido los exiliados maderistas y constitucionalistas; para empezar, estaban de por medio el estatuto de neutralidad de Estados Unidos y el embargo de armas decretado en 1912, ello sin contar con que esta nueva rebelión no tenía popularidad entre la comunidad de mexicoamericanos. No obstante, los preparativos se aceleraron cada vez más, y se tejió una red de partidarios en la república mexicana que esperaban la llegada de Díaz para sumarse a la rebelión, particularmente en Oaxaca, su estado natal. Con esa idea, y sin dar muchos avisos para no ser interceptado por los agentes carrancistas, Félix Díaz desapareció de Nueva Orleans e inició una incursión militar por México que transcurrió con más pena que gloria, hasta 1920.

La aventura de Félix Díaz dio comienzo el 16 de febrero de 1916, cuando se embarcó desde Galveston, Texas, en una nave pesquera hacia costas mexicanas; su plan era desembarcar y dirigirse a Oaxaca, donde pensaban unirse a los rebeldes serranos. Sin embargo, la madre naturaleza no estuvo de su lado, pues la embarcación fue azotada por una tormenta hasta naufragar, por lo que Díaz y la pequeña tripulación debieron nadar varios kilómetros hasta llegar a la costa tamaulipeca. Ahí fueron apresados y enviados ante las autoridades de Matamoros, quienes no reconocieron a un Díaz disfrazado con una barba crecida, por lo cual le extendieron un salvoconducto para ir a la ciudad de México. Una vez en la capital se reunió con correligionarios y planeó la rebelión; con ese afán salió el 12 de mayo hacia Oaxaca. En el camino se le unió Higinio Aguilar.

En Oaxaca, Díaz se encontró con que la lucha de los serranos tenía una organización propia y que no lo aceptarían como jefe; así que decidió partir a Chiapas,

adonde llegó diezmado. Ahí los llamados “Mapaches” estaban en rebelión; al igual que los serranos tenían su propio ejército y dirigencia, por lo cual Díaz decidió ir hacia el estado de Veracruz, donde sí pudo tener un papel más activo. Ahí emitió el Plan de Tierra Colorada y estableció contacto con varios seguidores de Zapata, como Juan Andreu Almazán, Pedro Gabay, Cástulo Pérez y Panuncio Martínez, que ahora se le unieron.

El felicismo sin Félix Díaz

Félix Díaz permaneció más de cuatro años en la lucha armada, pasando casi siempre momentos difíciles; no obstante la cantidad de seguidores que se le habían unido, la mayoría de ellos actuaban por propia cuenta y nunca se dio la unión de las facciones anticarrancistas que peleaban en el territorio nacional. Zapatistas, villistas, mapaches en Chiapas, soberanistas en Oaxaca y los felicistas en varios estados de la república, nunca lograron presentar un frente unido, lo que facilitaba el control militar del gobierno.

Mientras tanto, en el extranjero permaneció buena parte del exilio felicista con una elaborada organización en Estados Unidos, Cuba y Guatemala, principalmente, cuyas tareas eran conseguir elementos financieros, armamento, municiones y voluntarios que se sumaran a la rebelión, así como el reconocimiento extranjero a la beligerancia de este movimiento.

No obstante que parecía existir un complejo sistema de juntas, militantes y agentes, la realidad es que desde febrero de 1916, cuando Díaz inició su incursión militar a México, hasta abril de 1920, cuando regresó a Estados Unidos, el exilio felicista en poco pudo auxiliarlo. Se dio entonces un fenómeno de mucha organización pero poca acción.

La organización

Al salir de Estados Unidos en febrero de 1916, Félix Díaz dejó como su representante general a Pedro del Villar, quien gobernó desde Nueva York con mano de hierro a todas las demás juntas propagadas por la Unión Americana, Guatemala y Cuba, los destinos y los dineros del felicismo en el exilio. Pedro del Villar estaba asesorado por Aureliano Blanquet, Leandro Alcolea, Guillermo Rosas, Ignacio de la Torre y Mier, Joaquín Amor y el doctor Vicente Sánchez; en la práctica, celoso de que alguien le disputara el control, Del Villar manejaba junto con Blanquet todos los asuntos de la junta central. Esto provocó distanciamientos de Manuel Mondragón, Cecilio Ocón, Ramón Díaz y otros. Por tal situación, varios miembros de la junta hicieron saber su descontento a Félix Díaz, quien se encontraba en campaña militar en México.

Aunque el ambiente no era bueno, los felicistas debieron encontrarse, el 26 de febrero de 1917, en el Hotel Cecil de Nueva York, ya que Cecilio Ocón estaba por conseguir fondos de una corporación de Chicago y era necesario replantear la

administración de este dinero. Así, se reunieron Del Villar y Blanquet con el propio Ocón, Mondragón, Leandro Alcolea y Ramón Díaz. Ocón propuso la formación de una junta para administrar esos fondos, lo cual significaba que Del Villar no necesariamente manejaría todo el dinero. Para informar a Félix Díaz de los acuerdos de la reunión, se determinó que Ramón Díaz viajara a Guatemala y de ahí a México; sin embargo, al llegar a la frontera entre Guatemala y Chiapas, se encontró con que Félix Díaz estaba en camino a Veracruz.

Los felicistas se reunieron de nuevo el 9 de mayo de 1918, ahora en Nueva Orleans, donde acordaron reorganizar al felicismo, considerando que la junta de Nueva York sería la rectora en lo político y financiero. Ésta fue integrada por Pedro del Villar como presidente, Manuel Garza Aldape como vicepresidente y Aureliano Blanquet tesorero; también estaban Vicente Sánchez Gavito, Ricardo García Granados, Enrique C. Creel, Enrique C. Llorente, Oscar Braniff, Emeterio de la Garza, Cecilio Ocón, Tomás McManus, Ignacio de la Torre y Mier, Manuel Calero, Manuel Mondragón y otros.

En las otras juntas la composición era como sigue. En Nueva Orleans: Francisco T. Mascarenas era el presidente; Leandro Alcolea, vicepresidente; Guillermo Rosas Jr., secretario; también participaban Ramón Prida, Pánfilo Maldonado, Rafael Alcolea y otros.

En San Antonio: Nemesio García Naranjo, presidente; Mascarena de la Fuente, secretario; Andrés Garza Galán como tesorero y Enrique Llorente. Luego llegaron Jesús Covacevich, Juan Garza Galán, Rafael Ochoa Ramos, Teófilo Castillo Corzo, Ismael Hernández, Mariano Viesca Arizpe, Jesús D. Ibarra, Eneas Levi, etcétera.

Brownsville: el doctor Miguel Barragán, presidente; Francisco Caballero Garza, secretario, Francisco de P. Álvarez, Teófilo Valdez y otros más.

En Houston estaban el general Santos Cavazos y José Merced Lozano. En Eagle Pass el general J.A. Robles, como presidente; Gerardo Rodríguez, secretario; Atilano Garza, tesorero, y J.P. Hope. Laredo tenía como presidente al general Jerónimo Villarreal, y Fidel González era tesorero. Y así en varios poblados de Texas, como Carrizo Spring, Lantry, Comstock y Galveston, o Tucson y Douglas en Arizona. Los Ángeles se iría armando de felicistas con el tiempo, pero ya entonces estaba Jorge Vera Estañol, luego aparecieron Brígido Caro, Julio Ziegner Uriburu, Federico García y Alva, Francisco López Carvajal y otros.

En La Habana se encontraban Esteban Maqueo Castellanos, el general Gustavo A. Salas, E. Bulle Goyri, Olegario Molina (ex gobernador de Yucatán), Ignacio Bravo Betancourt (que era el representante oficial), Arturo A. Amaya y otros, mientras que en Guatemala estaban Joaquín Estiadal, Jac Graw, Pedro Torres Cortázar, Emilio Esenda. También participaba Roberto Gayón (luego mudado a Nueva York como representante de Blanquet), Juan de la Mata, Moisés Ramos, Rafael Díaz Gutiérrez, Gustavo Serrano (que era amigo de José de Orellana), José Barrios (representante oficial guatemalteco), Eduardo Aguirre Velázquez, L. Madrid Rojas (representante de Díaz), Machido Rojas, Alberto Pineda Ogarrio y Mario Ferrer. Sobre esta base se irían integrando y saliendo seguidores del felicismo.

El financiamiento

El felicismo, como movimiento político y armado, siempre tuvo muchos problemas: el divisionismo interno, su poca credibilidad dentro y fuera de México, y sobre todo la falta de recursos materiales (dinero, armas, municiones, etc.) y humanos (voluntarios), que lo agobiaron todo el tiempo.

Las situaciones que impidieron que fluyeran los recursos financieros al felicismo fueron diversas. Una era la poca confianza que inspiraba Díaz, con fama de mal militar, nulo carisma, con una personalidad retraída que por momentos llegaba a la apatía.

Muy importante era el hecho de que el felicismo tenía que competir por el financiamiento con otras facciones militares de exiliados, que para los capitalistas, parecían más convincentes o con mayores oportunidades de vencer. Así, entre 1913 y 1914, los constitucionalistas capturaron la mayor parte de recursos. Después se repetiría la situación con la llegada de Victoriano Huerta a Estados Unidos.

Sin embargo, desde mediados de 1915, el felicismo, ante la ausencia de Huerta, se convirtió en la opción más clara entre las corrientes conservadoras por recuperar el poder. Félix Díaz, en cierta forma, se benefició de la ausencia de “competencia” y pudo recaudar algo de dinero. Es entonces cuando grupos católicos, encabezados por el obispo de Oklahoma, Frances C. Nelly, llegaron a ofrecer a Díaz hasta veinte millones de dólares para iniciar la lucha.²⁷ Asimismo, en marzo de 1916 el felicismo recibiría cincuenta mil dólares provenientes de banqueros estadounidenses; además, hacían intentos por conseguir financiamiento en Japón y Europa, en donde los responsables de tal tarea eran Rabasa y Enrique Pimentel. No obstante, la situación era angustiosa, pues las promesas de financiamiento no siempre se cumplieron y los correligionarios en armas en territorio mexicano seguían demandando el envío de dinero, armamento y municiones.²⁸ Finalmente, estos préstamos no se confirmaron, por lo cual siguieron las penalidades financieras.²⁹

Del Villar, entonces, se entrevistó con funcionarios del Departamento de Estado, a quienes pidió “liberaran” a los banqueros para que les proporcionaran fondos, lo cual supuestamente fue autorizado de manera inmediata. Así, Del Villar se reunió en Washington con un tal McFaden, representante de varias compañías, como la Interocean Co., todo ello ante la presencia de un funcionario gubernamental.

²⁷ Héctor Díaz Zermeño, “Aurelio Blanquet. Exiliado por Carranza” (ms. inédito). También en Liceaga, *Félix Díaz*, 359-360.

²⁸ Pedro del Villar refleja desazón cuando comentaba: “ni nuestros banqueros quieren soltar el dinero, ni a mí me parece decoroso exigirselos [...]”. Y luego añadía: “Respecto a la cuestión financiera en una forma completamente confidencial debo decirle, que yo la considero por completo fracasada aquí [...]”. Véase la carta a Guillermo Rosas, 16 de marzo de 1916, AFD, carpeta 1, leg. 101, doc. 1.

²⁹ Pedro del Villar informaría en ese sentido: “[...] las personas con quienes teníamos convenido que nos refaccionaran, se niegan terminantemente a llevar a efecto sus convenios, y como es imposible sujetarlos a ningún apremio, es preciso esperar a que la situación se defina en forma más concluyente, o que lleguen los elementos que nos están trabajando en Europa”, en AFD, carpeta 1, leg. 102.

Al día siguiente McFaden comunicó a Del Villar que Mr. Swain, representante de la Standard, tenía autorizado un préstamo y que éste sería otorgado bajo la promesa de que las armas compradas no serían utilizadas contra intereses estadounidenses. Pero cuando la operación parecía cerrada, los capitalistas se echaron para atrás.³⁰

A finales de ese año e inicios de 1917, los felicistas redoblaron sus intentos por conseguir recursos. Supuestamente Enrique C. Creel proporcionaría un millón de dólares a la causa si se daba una coordinación entre Zapata y Villa, cosa que no sucedió. Además, Cecilio Ocón manifestó que estaba en tratos con una corporación de Chicago que proporcionaría fondos, por lo cual propuso que se formara una junta que administrara la abundancia.³¹

Los felicistas, igualmente, consideraban la posibilidad de integrar en sus filas a José Y. Limantour pues, aunque no les simpatizaba del todo, había posibilidades de que hiciera aportaciones. Otro que también había prometido dinero (y que tampoco cumpliría), era Manuel Peláez, quien había ofrecido veinte mil dólares al mes. En las cuentas alegres los felicistas calculaban que con aportaciones de otros mexicanos y estadounidenses, sumarían cincuenta mil dólares al mes; además, habían ideado un sistema de aportaciones mensuales de sus afiliados con un mínimo de cincuenta centavos de dólar al mes. Así, por ejemplo, Isabel Alcolea, esposa de Díaz, aportaba quince dólares al mes.

En el afán de obtener más dinero y cambiar su imagen, el felicismo habría determinado flexibilizar sus posiciones hacia otros disidentes mexicanos y reafirmar lazos con la iglesia católica de Estados Unidos, pues calculaban que ésta podía hacer aportaciones superiores al millón de dólares.³² Sin embargo, ninguno de estos proyectos en el aire se vio aterrizado.

Otra de las apuestas fuertes del felicismo fueron los petroleros estadounidenses e ingleses, cuyos intereses se mezclaban con los de sus gobiernos. Las compañías petroleras tenían enormes inversiones en nuestro país y sus ganancias eran tales que estaban dispuestos a financiar movimientos armados que les dieran garantías, de manera que desarrollaron una relación de mutua utilidad en la Huasteca con Manuel Peláez y en el sur de Veracruz con Cástulo Pérez. Por ello, Félix Díaz y sus seguidores se esmeraban en propiciar un acercamiento con ellos.

Ya en 1916 Cecilio Ocón se había entrevistado en Nueva York con enviados petroleros. Incluso en el estado de Veracruz había representantes de las compañías que mantenían contacto con Félix Díaz,³³ sobre todo a través de sus correligionarios Manuel Peláez y Cástulo Pérez.

Además, personalmente Félix Díaz había contactado a los representantes de las compañías y de las plantaciones extranjeras. Por ejemplo, en junio de 1917, se entrevistó con Mr. Duncan, gerente de las plantaciones La Tabasqueña y Filisola,

³⁰ Véase el informe de Pedro del Villar, 18 de julio de 1916, AFD, carpeta 1, leg. 107, doc. 1.

³¹ Véanse los reportes de Charles J. Jones, en ARE, L-E-837, leg. 12, fols. 1-5. También Liceaga describe la reunión, *Félix Díaz*, 426.

³² ARE, exp. L-E-837, leg. 12, f. 16-20.

³³ Véase el informe de Rafael Nieto, subsecretario de Hacienda, Archivo de Juan Barragán, CESU-UNAM, caja II, exp. 17, fols. 28-33.

en Minatitlán, y en agosto del mismo año con Mr. Green, representante de la Huasteca Petroleum Co.³⁴ Manuel Peláez relata que Díaz había solicitado un préstamo de treinta millones de dólares a las compañías petroleras, en especial a la Huasteca Petroleum Co., pero al margen de Peláez, quien, de acuerdo a los planes de Díaz, pasaría a ser un subordinado.

William Green rechazó la propuesta tomando en cuenta los buenos resultados que se habían obtenido con Peláez de manera independiente. Además, el veracruzano se opuso a tales arreglos (como era lógico), y las compañías decidieron continuar financiándolo.

El siguiente paso para Félix Díaz fue ofrecer a Peláez la Secretaría de Guerra del gobierno que pensaba formar a su triunfo. Resultado: una nueva negativa. A Félix Díaz sólo quedó pedir un préstamo y un lugar para refugiarse. Peláez, dueño de la situación, otorgó diez mil pesos y el refugio fue Metlatloyuca, en los límites de Veracruz y Puebla.³⁵

Como producto de esta relación con los petroleros, se decía que la comunicación entre Félix Díaz y la Junta Central felicista en Nueva York se realizaba a través de los barcos de la Casa Pearson, además de que esperaban recibir hasta cinco millones de dólares y que acababan de obtener cuarenta mil de la Casa Sommer Herman y Cía. de Veracruz.

Los ingleses soñaban con que Félix Díaz pudiera asumir el poder en México, y haciendo cuentas alegres en ese sentido, calculaban que las concesiones petroleras se extenderían, que se harían indemnizaciones a Lord Cowdray y que la explotación de la ruta del Istmo de Tehuantepec se prolongaría por “sólo” 999 años.³⁶

Mientras tanto, los felicistas siguieron tratando de desarrollar su lucha armada en México con poco éxito; por ello continuaron moviéndose en foros internacionales. Junto con las compañías petroleras se presentaron en las conferencias de Versalles, al finalizar la primera guerra mundial, a través de Francisco León de la Barra, sin mucho éxito.³⁷

Dada la poca fuerza militar que tenía, Félix Díaz sujetó su futuro a lo que le pudiera llegar del extranjero, lo que acabó de hacerlo una opción inviable. En 1923, los felicistas seguían soñando con la toma del poder y para ello ideaban planes de completas garantías al capital: las propuestas eran de pago de indemnizaciones, erradicación de los bolcheviques (*sic*) y completa apertura en materia petrolera. Es claro que cuando Félix Díaz concibió su retorno militar a México, el factor de financiamiento extranjero fue fundamental. Esta apuesta, a la postre, dañaría mucho su imagen.

³⁴ RDS-IAM, 812.00/21058. W. Canadá al secretario de Estado de Estados Unidos, fechado en Veracruz el 14 de junio de 1917.

³⁵ Véase Gabriel Menéndez, “El drama del petróleo”, *Impacto*, 9 de abril de 1958, 48-50.

³⁶ Véase la carta de J. McKee a sir Edward Grey, PRO-FO 371, vol. 2709, fols. 413-427.

³⁷ Véase el informe de Mr. Barclau desde Washington: “La facción de Félix Díaz ve la Conferencia de París con tanta esperanza como Carranza la ve con preocupación. Los líderes contemplan una oportunidad para derrocar al gobierno actual y el establecimiento de Félix Díaz o algún otro miembro de su partido en el poder”, PRO-FO 371, vol. 3228, f. 60, p. 51282.

Por su parte, las compañías seguían dando alas a Félix Díaz, aunque seguramente para entonces estaban convencidas de sus nulas posibilidades; así, por ejemplo, el general Luis Medina Barrón recibiría un préstamo de seis mil pesos oro de El Águila.³⁸ Finalmente, la inviabilidad del movimiento felicista, la ausencia de poder militar y de control territorial, así como el fortalecimiento de los gobiernos revolucionarios, borraron a Félix Díaz del mapa de los intereses petroleros.³⁹

La acción

Con toda la estructura felicista funcionando en el extranjero, se suponía que se proveería de recursos a Félix Díaz, ya en lucha en territorio mexicano, y que se generarían nuevos movimientos de apoyo.

Después de la incursión militar de Díaz en 1916, existía conciencia en el felicismo de la necesidad de abrir nuevos frentes; de esta forma, se dieron por lo menos tres incursiones partiendo de la frontera estadounidense. Mauricio Sandoval cruzó hacia Nuevo León casi al mismo tiempo en que Díaz iniciaba su rebelión; él y sus soldados se refugiaron en las montañas y luego no se supo de ellos. Entonces, uno de los miembros de la junta felicista de Laredo, un abogado llamado Pedro González, encabezó una segunda incursión en la que tomaron el pueblo de Sabinas Hidalgo, pero en unas cuantas horas, al necesitar refuerzos, armas y municiones retrocedieron a Laredo, donde González fue encarcelado por violar las leyes de neutralidad.⁴⁰

Otros dos veteranos revolucionarios también incursionaron a nombre del felicismo en el norte. Juan A. Almazán encabezó otra movilización y en julio de 1918 tomó Reynosa.⁴¹ Por otra parte, el ex orozquista Marcelo Caraveo se sumó al movimiento de Almazán, logrando algunas victorias.⁴²

³⁸ Carlos Moneglia, un connotado felicista, comentaba: “[...] a mi entender, la victoria de nuestros ideales está vinculada con este primer éxito: el petróleo”, AFD, carpeta 8, leg. 805, doc. 2. En cuanto al préstamo a Medina Barrón, tenemos que en 1929 no se había devuelto la cantidad prestada; véase Archivo Histórico de Pemex, caja 1713, exp. Adeudo del general Luis Medina Barrón.

³⁹ Ya desde 1916 Requena asumía una prematura actitud crítica señalando “que era preciso confesar que habíamos dejado pasar todas las oportunidades [...]”, y Del Villar confirmaba que la situación económica era precaria. Véase AFD, carpeta 1, leg. 97, y la carta de Pedro del Villar a Guillermo Rosas, 25 de febrero de 1916, AFD, carpeta 1, leg. 100.

⁴⁰ Carta del cónsul William Blocker a Robert Lansing, 3 de abril de 1916, RDS, 812.00/17726; de William Blocker a Robert Lansing, 12 de abril de 1916, RDS 812.00/17904. En la *Revista Mexicana*, San Antonio Texas, 14 de enero de 1917, se menciona el triunfo de González, quien debió abandonar la ciudad cuando una fuerza superior del gobierno apareció en el horizonte. En relación con su arresto, véase la carta de Leoncio Reveles a E. Garza Pérez, 14 de mayo de 1917, ARE, L-E-803 R, leg. 9, P. 2, y en *Revista Mexicana* del 25 de marzo de 1917.

⁴¹ Véase la *Revista Mexicana* del 14 de julio y 29 de diciembre de 1918.

⁴² Ignacio Bonillas a Robert Lansing, 18 de octubre de 1919, RDS, 812.00/23164. En Liceaga, *Félix Díaz*, 434, se señala que Caraveo llegó a pelear hasta el estado de Puebla. Pedro del Villar a Luke Dowe, 5 de febrero de 1919, DHRM, 18: 233-234, no. 921. En John Womack, *Zapata and the Mexican Revolution* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1969), 301-302, se incluye una lista significativa de felicistas activos en varios estados. También se puede consultar el informe de Charles E. Jones a V. Carranza,

En la frontera sur se abrió otro frente militar; de acuerdo con el plan, la rebelión se iniciaría en Chiapas para expandirse por la península de Yucatán y Tabasco. Al mando de la logística y acciones armadas estaría Javier Larrea, coordinado con la cabeza financiera y organizativa: Cecilio Ocón. Para la realización del movimiento se usarían los recursos recaudados en Estados Unidos; el dinero sería remitido en depósitos de quinientos a mil dólares a Guillermo Rosas en Nueva Orleans, quien dispondría del dinero mandándolo a bancos de Guatemala.⁴³

Como parte de los preparativos se había encargado a la casa L. Frank Saddlery Co., de San Antonio, Texas, la elaboración de un gran número de monturas. Además, varios felicistas se concentraban en La Habana con el propósito de viajar a Guatemala y unirse a la rebelión; así llegaron Felipe Dusart, de Nueva Orleans, Luis Lavalle Bassó, Rodolfo Basail, Rafael Rosas, Ramón Díaz Ordaz, Enrique Vergara, Alberto Fuentevilla y el general Rubio Navarrete.⁴⁴

Más importante aun fue la presencia de Cecilio Ocón en el mes de julio de ese 1916, pues se decía que contaba con recursos por hasta doscientos cincuenta mil dólares para comprar armas y municiones en Cuba, para luego viajar a Guatemala o Belice, al tiempo que, a manera de avanzada, salían a Guatemala Enrique Vergara, Fuentevilla y Morfín.⁴⁵

El grueso de la expedición saldría de Santiago de Cuba a Puerto Barrón en Guatemala, y estaría encabezada por los generales Ramón Hinojosa, Escoto y Procóporo Meraz. Como parte fundamental del plan se contaba con la anuencia y cooperación del presidente guatemalteco Estrada Cabrera, pues además de permitir que su territorio fuera la base de la insurrección, aportaría armas y parque en pequeñas cantidades. Por ejemplo, al general Luis Medina Barrón le había dado cien rifles antiguos y tres mil cartuchos; además, se suponía que Cecilio Ocón y Javier Larrea llegarían desde Estados Unidos con más recursos.⁴⁶

Los preparativos se extendieron durante lo que restaba del año, así Javier Larrea llegó en octubre a La Habana y se puso en contacto con el resto de los felicistas. Mientras tanto continuaba el envío de armas al departamento del Petén en Guatemala, a través de José Preves y Trinidad Flores.⁴⁷

en junio de 1918, en ARE, L-E-837 R, leg. 12, p. 105, en donde se añade que en febrero de 1918, Ignacio Peláez y otros felicistas persuadieron a Luis Caballero, gobernador de Tamaulipas, de unirse a ellos. También se puede consultar la obra de Leander Jan Bekker, *The Plot against Mexico* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1919), 232, donde se presenta una visión crítica de la fuerza de Díaz. Asimismo en Katz, *The Life...*, 583-614.

⁴³ AFD, carpeta 1, leg. 112, doc. 2.

⁴⁴ Véanse los informes del cónsul mexicano en La Habana, Antonio Hernández, en ARE, exp. L-E-843, fols. 13, 16, 23, 27, 66 y 112.

⁴⁵ *Ibíd.*, fols. 121-140, 150 y 155-167.

⁴⁶ En ARE, exp. L-E-799 (XI). Por ello, en agosto se reunieron en Nueva York, Rodolfo Reyes, Cecilio Ocón, el general Guillermo Rubio Navarrete y el licenciado Esteban Maqueo Castellanos para ponerse de acuerdo en cuanto a las incursiones a Guatemala. Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, Fondo Cancelados (en lo sucesivo ADN-FC), exp. Guillermo Rubio Navarrete, XI-III-182, vol. 3, fol. 670.

⁴⁷ En los informes de Carlos Félix Díaz, cónsul en Belice; ARE, exp. L-E-801 (XXIII).

Sin embargo, y como de costumbre, aparecieron los problemas. Para empezar, Javier Larrea no había tenido un buen encuentro con los rebeldes chiapanecos, a quienes intentaba integrar a la rebelión. Además, había nombrado a un tal Guillén como agente confidencial, cuando era sabido que éste era de filiación maderista, y que por añadidura había nombrado a Arturo Santibáñez como gobernador felicista en Chiapas, cuando éste no tenía ninguna presencia en ese estado, pues era oaxaqueño, y además hermano de Alfonso J. Santibáñez, el asesino de Jesús Carranza, a quienes tropas felicistas habían atrapado y hecho juicio sumario. Finalmente, el grupo del general Hinojosa entró en Guatemala, pero pronto se desintegró.⁴⁸

Por si fuera poco, el dinero no llegó con la fluidez deseada, y su manejo provocó recelos y desconfianzas: Medina Barrón se había distanciado de Félix Díaz, con quien no quería compartir sus recursos y había sido encarcelado en Guatemala; Pedro del Villar estaba peleado con Cecilio Ocón y Enrique Fernández del Castillo; Guillermo Rosas se quejaba de que “los amigos” le ponían obstáculos y estaba molesto con Ocón, lo cual provocó los airados reclamos de Rodolfo Reyes desde España. En fin, que el ambiente no podía ser peor.⁴⁹

Hacia 1918, cuando el felicismo vivía su apogeo militar, se dio una mayor movilización en Estados Unidos y más atención por parte del gobierno de ese país. Por ejemplo, en febrero de 1918, Francisco P. Álvarez, Fiacro Betancourt y el capitán Harrison se habían entrevistado con el Servicio Secreto en Brownsville, y se dirigieron a San Antonio para hablar con autoridades militares con el fin de disuadirlos de que el felicismo no era de germanófilos.⁵⁰

Por otra parte, Pedro del Villar, junto con el licenciado José Luis Requena y el doctor Enrique M. Aldana, lograron un préstamo en San Francisco para financiar un movimiento armado en Colima y Michoacán que sería encabezado por Eduardo Iturbide. La persona que facilitó el dinero era W.E. Stokes, de Nueva York (en donde tenía el Hotel Antonia); gozaba de influencia en el Senado de Estados Unidos, era bien conocido en los círculos bancarios y ya antes había conseguido dinero para Félix Díaz.

También estaban los Huntington, ricos ferrocarrileros con intereses en Guatemala, desde donde pretendían hacer una línea que penetrara Chiapas, Campeche y Tabasco. Para ello darían dinero a cambio de una concesión que les permitiera explotar las maderas finas en esos lugares, además de dos puertos. Por otra parte, los generales estadounidenses Brisbee y Agramonte, que tenían propiedades en México, también estaban involucrados.⁵¹ Sin embargo, este movimiento nunca se dio.

Quien sí cruzó la frontera para hacer eco de la causa felicista fue el general Luis Medina, llegó a operar sobre la línea del ferrocarril interoceánico manteniéndose en armas hasta el triunfo de la rebelión de Agua Prieta. Otro movimiento felicista se

⁴⁸ Carta de Roberto Gayón del 8 de mayo de 1916, AFD, carpeta 1, leg. 103. También Ramírez, *La reacción...*, 180-184.

⁴⁹ AFD, carpeta 1, leg. 99, doc. 1; leg. 107, doc. 2; leg. 113, doc. 1; leg. 120, doc. 1.

⁵⁰ Carta de Francisco P. Álvarez, 20 de febrero de 1918, AFD, leg. 123, doc. 1.

⁵¹ Al respecto es el informe del cónsul Ramón P. Denegri, entonces en San Francisco, California, ARE, exp.17-7-224.

dio en diciembre de 1918, cuando Evaristo Pérez cruzó la frontera de Chihuahua, reivindicando la Constitución del 57 y reconociendo como jefe a Félix Díaz.⁵²

Uno más que logró desembarcar en costas mexicanas fue Aureliano Blanquet, que junto con Francisco de P. Álvarez y otros, se unieron a Félix Díaz el 23 de marzo de 1919; sin embargo, el general Guadalupe Sánchez seguía sus movimientos. Como resultado de la persecución, Blanquet murió en abril, al igual que sus seguidores.

Por organización el felicismo no paró; de hecho, ésa era su especialidad. Así, en mayo de 1918, formaron el Comité de Unión Nacional Felicista, que tuvo como presidente al licenciado Francisco T. Mascareñas, como secretario a Guillermo Rosas Jr. El corresponsal en San Antonio y más activo participante era Nemesio García Naranjo, quien estaba a cargo de un intenso plan de propaganda. Sucursales del comité surgieron en El Paso, cuyo presidente fue el licenciado Fausto Miranda; en Brownsville, Mcllen, Río Grande, Laredo con Enrique Gorostieta como presidente; en Tucón, Nogales y Los Ángeles.⁵³

El plan incluyó la publicación de un manifiesto de Félix Díaz, editado en inglés y en francés, dirigido, entre otros, a los extranjeros que tuvieran intereses en nuestro país; no por nada el documento señalaba que los daños causados por la revolución a los bancos debían ser reparados y devolverles sus propiedades de acuerdo a la ley. Asimismo, se solicitaba la participación de los exiliados y, algo muy importante, se dirigía a los países aliados, señalando que Carranza era parte de un complot germano.⁵⁴

Los esfuerzos por “quedar bien” con la opinión y el gobierno de Estados Unidos, y desprestigiar al gobierno mexicano señalando su germanofilia, muestran que las baterías estaban dirigidas a obtener el reconocimiento de beligerancia para Díaz y el Ejército Reorganizador Nacional de México, a fin de establecer un gobierno provisional.⁵⁵

Al paso de los meses, el relativo auge de las rebeliones se evaporó, y Estados Unidos, desde luego, no otorgó reconocimiento alguno a los alzados.

¿Cuáles fueron los factores para este nuevo fracaso del felicismo? Por una parte, el apoyo económico no fluyó con la celeridad ni en la cantidad deseada; por otra, la desorganización y división hacia el centro del felicismo era endémica, y ello se notó en los resultados del movimiento.

Dentro del Comité de Propaganda Felicista, la cosa no era mejor, pues el licenciado Alcolea, cuñado de Díaz, amenazaba con renunciar a la presidencia.⁵⁶ Paralelamente, Guillermo Rosas tenía diferencias con Jorge Vera Estañol, que se mostraba

⁵² En Liceaga, *Félix Díaz*, 515-517.

⁵³ Véase AFD, leg. 125, doc. 1-2, leg. 128, doc. 1, leg. 129, doc. 2.

⁵⁴ Véase “Proclamation”, en AFD, carpeta 2, leg. 136, doc. 1.

⁵⁵ Véase la carta de Roberto Gayón en Nueva York, febrero de 1919, AFD, carpeta 2, leg. 148, doc. 1; carta de Melquiades García, ARE, exp.17-16-177, 22 de febrero de 1919, y de Pedro del Villar, AFD, carpeta 2, leg. 144, doc. 2.

⁵⁶ Véase la carta de Guillermo Rosas a Nemesio García Naranjo, 17 de julio de 1918, AFD, carpeta 2, leg. 131, doc. 2.

oscilante, pues manifestaba cierto afán conciliador con el carrancismo;⁵⁷ ello sin contar con las envidias y celos manifiestos ante la ausencia del jefe. Por ejemplo, Cecilio Ocón había exigido el retiro de Aureliano Blanquet y de Pedro del Villar.⁵⁸ Mientras tanto, Félix Díaz seguía manifestando aversión a Ocón y, por lo tanto, negándole su representación en La Habana, la cual recaía en el licenciado Ignacio Bravo Betancourt.⁵⁹

Los grupos

Desde su primer y fallido intento de asalto al poder, en octubre de 1912, Félix Díaz había contado con la simpatía de la sociedad porfirista. Después del golpe militar de febrero de 1913, cuando parecía que Díaz sería presidente, estas simpatías se confirmaron. Sin embargo, el cambio de planes de Victoriano Huerta en la sucesión presidencial provocó un primer exilio de fieles a Félix Díaz. Como en principio Huerta no afectó a la burguesía mexicana y sus intereses, la mayoría de los capitalistas se mantuvieron en el país. Más tarde, la revolución constitucionalista originó, ésta sí, un enfrentamiento más claro con las “buenas conciencias” de la sociedad mexicana, con el clero y el ejército. Éstos serían los sectores que se integrarían de manera natural al felicismo y sus intentos por recuperar el poder. Veamos ahora en detalle estos grupos.

LOS CATÓLICOS

Desde un inicio, Félix Díaz había contado con el apoyo del Partido Católico Nacional (PCN), no obstante que Díaz era masón.⁶⁰ Muchos de los militantes felicistas provenían de la clase alta mexicana, estrechamente vinculada a la jerarquía católica e identificada con sus intereses. Por ejemplo, algunos miembros del PCN, como Manuel F. de la Hoz y Gabriel Fernández Somellera (presidente de esta agrupación en 1913) se identificaban como felicistas. Incluso los delegados oaxaqueños del partido (representados por el licenciado Carlos Barroso), apoyaban abiertamente la fórmula Díaz-Requena para las elecciones presidenciales de 1913. Otro era Eduardo Tamariz, diputado católico, que se integró a la campaña de Díaz y al Partido Nacional Felicista, para luego pasar —sin ningún remordimiento— al huerismo como subsecretario de Instrucción Pública.

Más tarde, durante el exilio, participarían en el felicismo prominentes miembros de la comunidad católica como Fernández Somellera, Federico Gamboa, Ismael

⁵⁷ AFD, carpeta 2, leg. 139, doc. 2.

⁵⁸ Véase AVC, carpeta 122, leg. 13761.

⁵⁹ Carta de Félix Díaz a Pedro del Villar, 10 de junio de 1918, AFD, carpeta 2, leg. 128, doc. 2.

⁶⁰ De hecho, varias de las solicitudes de indulto a Díaz, dirigidas a Madero en octubre de 1912, provenían de logias masónicas, aludiendo a la solidaridad que debía existir entre los cofrades. AGN, colección Revolución, caja 2, exp. 41, fols. 1-26.

Zúñiga y jerarcas eclesiásticos como el arzobispo José María Mora del Río y el obispo Castellanos. Por otra parte, la Iglesia católica estadounidense llegó a apoyar a los exiliados mexicanos, aunque de manera limitada, como fue el caso del arzobispo de Chicago, monseñor Shannon.⁶¹

Cuando en 1917 se dio la reorganización de la Junta Felicista, en buena medida la atención se dirigió hacia los católicos, a quienes se quería incluir como suscriptores, pues, según los cálculos de los felicistas, en Estados Unidos había doscientos mil sacerdotes, por los cuales se podía recaudar más de un millón de dólares.⁶²

Sin embargo, el Partido Católico y la jerarquía eclesiástica eran duros con el dinero y no otorgaron mayores recursos a la causa felicista.⁶³ De hecho, las relaciones con los católicos nunca fueron “plenas”; no obstante el conservadurismo e identificación política, siempre hubo mutuas reservas, incluso desde 1913 el Partido Católico no se mostró homogéneo respecto de la candidatura de Díaz.⁶⁴ Las resistencias del catolicismo hacia Díaz se mostrarían una vez más durante la cristiada, como se verá más adelante.

LOS MILITARES

La mayor parte del ejército porfirista se mantuvo intacto después de la revolución maderista y no se vio realmente afectado sino hasta el ascenso de Venustiano Carranza, cuando emitió los decretos de disolución del ejército federal, que marcaron el fin de esta institución y el inicio del exilio de los oficiales de mediano y alto rango. Pronto estos sectores se reagruparon en torno a Victoriano Huerta en su intento por retomar el poder y luego alrededor de Félix Díaz.

Así, hubo generales como Manuel Mondragón, Aureliano Blanquet (ya perdonado por su huertismo), Higinio Aguilar, Rafael Eguía Liz y Luis Medina Barrón, entre muchos otros, que se integraron al felicismo.

Manuel Mondragón era un caso particular. Nacido en Ixtlahuaca, estado de México, ingresó al Colegio Militar hacia 1859, a los diecisiete años, y recorrió paso a paso todo el escalafón militar hasta obtener el grado de general de brigada en marzo de 1909.

Buena parte de su carrera la hizo en la Fundición Nacional de Artillería, pues había inventado un cañón de montaña de 70 mm, un mortero de 80 mm, un fusil y una carabina automáticos de 7 mm llamados “Porfirio Díaz”, ello como prueba de ser un porfirista consumado y como tal conspiró con Félix Díaz el golpe de Estado a Madero.

⁶¹ Entrevista de Víctor Velázquez, 190-193.

⁶² Véase el informe de Charles Jones en ARE, L-E-837, leg. 12, fol. 20.

⁶³ Informe del cónsul mexicano en La Habana, Antonio Hernández Ferrer, 17 de abril de 1916, en ARE, exp. L-E-843.

⁶⁴ En cuanto a los vericuetos del Partido Católico Nacional es valiosa la obra de Eduardo J. Correa, *El Partido Católico Nacional y sus directores* (México, FCE, 1991).

Por ser partidario de Díaz fue nombrado secretario de Guerra y Marina en el primer gabinete de Victoriano Huerta, entre el 22 de febrero y el 14 de junio de 1913; pero Huerta se deshizo de él y fue enviado a Francia, donde permaneció hasta 1914, para luego integrarse al exilio felicista en Estados Unidos.⁶⁵ Aunque nunca volvió a tomar las armas, tuvo un papel de cierta importancia al fungir como tesorero del felicismo.

Otro de los notables era Aureliano Blanquet, nacido en Morelia en 1849; había hecho toda su carrera en el porfirismo, desde cadete del Colegio Militar hasta coronel de infantería. Como muchos militares, se sumó al golpe de Estado, lo que le valió obtener el grado de general de brigada en febrero de 1913 y el de general de división un mes después. Huerta lo nombró ministro de Guerra el 14 de junio de 1913 hasta el 16 de julio de 1914, cuando se le dio una comisión en Francia para estudiar la organización del ejército de ese país.

Después de la caída de Huerta se pudo integrar al exilio de los felicistas, quienes, no obstante su huertismo, lo perdonaron y aceptaron. Así, desde 1915 estaba confabulando con los felicistas, cuando se encontraba en Nueva York. Sin duda Blanquet era el militar de mayor jerarquía e importancia que se unió a Félix Díaz; de hecho, fue nombrado segundo jefe del Ejército Reorganizador Nacional.⁶⁶ Como hombre de acción que era, decidió sumarse a la rebelión armada y en 1919 llegó a Veracruz junto con Francisco P. Álvarez, lo cual fue una mala decisión, porque al poco tiempo fue atacado y muerto por tropas carrancistas; a su cadáver le cercenaron la cabeza para ser expuesta a manera de escarmiento.⁶⁷

LOS INTELLECTUALES

Algunos de los intelectuales más connotados del porfiriato se habían integrado al exilio felicista; personajes como Jorge Vera Estañol, Nemesio García Naranjo o Manuel Calero, ya en el exilio se habían unido, tangencialmente, alrededor de la figura de Félix Díaz, en buena medida porque compartían la bandera de reivindicar la Constitución de 1857.

Entre ellos, quien más se ligó a Díaz fue Nemesio García Naranjo, que en febrero de 1913 se había integrado al Partido Nacional Felicista, junto con Francisco M. Olaguíbel y José María Lozano, diputados y miembros del grupo llamado “Cuadrilátero” de la XXVI Legislatura. Sin ningún problema, García Naranjo se integró como secretario de Educación al régimen huertista, y a su caída se exilió en Estados Unidos, donde fundó la *Revista Mexicana*, desde donde criticaba acremente a los gobiernos de la revolución. Vinculado al felicismo, sirvió de enlace con otras facciones del exilio, hasta que regresó a México en pleno periodo callista, sólo para ser exiliado de nuevo. A través de la *Revista Mexicana* trató de ensalzar la figura de

⁶⁵ ADN, FC, exp. Manuel María Mondragón, XI-III-I-137.

⁶⁶ Véase Díaz Zermeño, “Aurelio Blanquet. Exiliado...”; también AVC, leg. 12587.

⁶⁷ AND, FC, exp. Gral. Aureliano Blanquet, XI-III-I-30.

Félix Díaz. Por cierto que éste no fue el único medio utilizado por el felicismo, pues también *La Prensa* de San Antonio era pro felicista y otros medios efímeros, como *El Azteca* en La Habana.

Por otra parte, Jorge Vera Estañol era un exitoso abogado en México y lo siguió siendo en Estados Unidos. Ingresó a la política nacional durante el porfiriato, cuando fue secretario, por breve tiempo, de Instrucción Pública. Hacia 1911 había fundado el Partido Popular Evolucionista, pero en 1912 fracasó en su intento por obtener una diputación, aunque repitió como ministro bajo la presidencia de Victoriano Huerta.

Instalado en Los Ángeles tuvo una participación oscilante con el felicismo, pues se vio ligado también a Esteban Cantú y a otros elementos; por ejemplo, entre 1919 y 1920, junto con Manuel Calero, intentó organizar un movimiento con Vázquez Gómez,⁶⁸ por ello tuvo diferencias con el felicismo “oficial”, que se acrecentaron hacia 1922. En parte, la disputa derivaba de una interpretación del ideario político a seguir: Vera Estañol pensaba que la Constitución del 57 era superior a la del 17 y por lo tanto debía mantenerse intacta, mientras otros, Félix Díaz incluido, creían que debía reformarse.⁶⁹ A esta polémica se sumaron Rodolfo Reyes y Guillermo Rosas, entre otros, que compartían la visión de su jefe y, por increíble que parezca, Juan Sánchez Azcona se acercó a Díaz señalando acuerdos en el asunto de reformar la Constitución del 57.⁷⁰

Las diferencias con el felicismo lo fueron alejando y terminó concentrándose en sus lucrativos negocios, hasta que regresó a México en 1931.

LOS GOBIERNOS EXTRANJEROS

El felicismo no se limitó a tratar de conseguir elementos financieros y armamentísticos entre los mexicanos exiliados o con capitalistas extranjeros, sino que una de sus principales apuestas fue obtener ayuda de gobiernos extranjeros, principalmente de Estados Unidos, al que se demandó reconocimiento de beligerancia y apoyo para que financieros de ese país pudieran hacer aportaciones al movimiento felicista.

En ese tenor, Pedro del Villar comenta cómo, en julio de 1916, hizo un viaje de incógnito a Washington, donde fue recibido por el responsable de la política estadounidense hacia México, quien le notificó que había disgustos con el gobierno carrancista, por lo que querían propiciar un gobierno revolucionario honrado con la participación de Félix Díaz. A esto último Del Villar dijo que no podía sumarse, pues no había ningún revolucionario honrado. A los pocos días se dio una nueva reunión en la que se dijo que el gobierno de Estados Unidos apoyaría a Félix Díaz, lo que aprovechó Del Villar para pedir que se permitiera a los banqueros proporcionar fondos a su causa, cosa que supuestamente fue autorizada.⁷¹

⁶⁸ AGN, Fondo Jorge Vera Estañol, caja 35, exp. 15.

⁶⁹ En cuanto a las desavenencias de Vera Estañol, véase AFD, c. 4, fol. 397; las posiciones de Vera Estañol quedan bien claras en su obra *Al margen de la Constitución de 1917*, s. 1 (Wayside Press, 1920).

⁷⁰ AFD, c. 10, leg. 932, doc. 2.

⁷¹ Véase la carta de Pedro del Villar a Guillermo Rosas, 18 de julio de 1916, AFD, carpeta 1, leg. 107, doc. 1.

Lo cierto es que el gobierno estadounidense actuó con cautela en relación con el felicismo; en el contexto de la primera guerra mundial no deseaban enemistarse con el vecino del sur, y por ello era mejor mantener a los exiliados a raya. De hecho, el apoyo que conseguirían los felicistas sería más bien a título personal de algunos funcionarios, como el senador Albert B. Fall o el senador Broussard. Fue así que al finalizar la guerra europea, Jorge Vera Estañol redactó una carta contra la política exterior de Wilson, que le parecía francamente favorable a Carranza; en este documento convocaba a los exiliados a formar un Consejo Nacional para rechazar la Constitución de 1917.

De tal forma se unieron los grupos “Protesta Liberal del 5 de febrero de 1917”, la Liga Nacionalista (integrada por los licenciados Manuel Calero, Manuel Garza Aldape, Esteban Maqueo Castellanos, Jesús Flores Magón y Francisco T. Mascareñas) y la Asamblea Pacificadora que presidía Federico Gamboa, todos alrededor de Félix Díaz, aunque sin ningún resultado práctico.⁷²

En esa misma línea de acción, Pedro del Villar se presentó en agosto de 1919 ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos; en esta ocasión denunció al gobierno carrancista y reivindicó la Constitución de 1857, criticando el reconocimiento otorgado a Carranza por parte del gobierno estadounidense.⁷³

Debido al desdén por parte del gobierno de aquel país, el felicismo buscó apoyo en Gran Bretaña. El gobierno inglés mostró interés: en un informe enviado al representante inglés en Washington, Sir Cecil Spring Rice, se proponía abiertamente apoyar a Félix Díaz, y más aun, hacer público que Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos lo financiarían. Un segundo informe señalaba, de manera ilusoria, que Félix Díaz parecía la mejor opción entre los rebeldes.⁷⁴ Aunque otros análisis un tanto más seducidos consideraban inapropiado apoyar a Félix Díaz como cabeza del nuevo movimiento, tomando en cuenta que había perdido prestigio por sus derrotas militares recurrentes y por su relación con la muerte de Madero, de cualquier modo pensaban que Díaz aceptaría trabajar por el candidato seleccionado por los aliados.⁷⁵

Félix Díaz, por su parte, no ocultaba sus intenciones de procurar el reconocimiento extranjero; así, en su “Manifiesto al Pueblo Mexicano”, al tocar la cuestión del petróleo, decía reconocer el derecho de los pueblos a su propia riqueza, pero no en detrimento de la propiedad privada.⁷⁶

⁷² En Liceaga, *Félix Díaz*, 518-520.

⁷³ *Ibíd.*, 579-583.

⁷⁴ Véase “La siniestra labor reaccionaria”, *El Pueblo*, 21 de noviembre de 1917, 1, y los informes del 15 de diciembre de 1917, PRO-FO 371, vol. 2964, fols. 199-201.

⁷⁵ Informe enviado a Mr. Cummins, fechado en Londres el 18 de diciembre de 1917, PRO-FO 371, vol. 2963, fol. 142.

⁷⁶ “A título de soberanía nacional, no puede privarse a los ciudadanos ni a los extranjeros de lo que les pertenece como legítimos dueños; los impuestos deben de tener el justo límite de conveniencia pública y de los derechos de propiedad; porque de otra manera pierden su carácter de impuestos para convertirse en verdaderas confiscaciones”, y agregaba: “el carrancismo ha decretado impuestos más o menos onerosos, que afectan profundamente los negocios petrolíferos del país”. Véase el informe de Mr. Barclau, fechado en Washington el 10 de marzo de 1919, PRO-FO 371, vol. 3228, fol. 60, P. 51282. Francisco León de la Barra y Manuel Mondragón aprovecharon su estancia europea para hacer proselitismo a

Menos cuidadoso sería el presidente guatemalteco, Estrada Cabrera, quien no ocultó sus deseos de apoyar a grupos disidentes con el vano afán de recuperar para su país el territorio chiapaneco. El felicismo fue momentáneo beneficiario de tales planes, pues recibió apoyo guatemalteco.

Otro gobierno centroamericano que otorgó ayuda tangencial fue el de El Salvador, que al parecer entró en tratos con el general Luis Medina Barrón, a quien debía entregar armas en 1917, luego de haber recibido catorce mil dólares.⁷⁷

De nuevo el exilio

La ruptura en la cúspide de la familia revolucionaria y el triunfo de Obregón significó un viraje en la política seguida por los gobiernos de la revolución.

En la Presidencia de la República quedó instaurado Adolfo de la Huerta quien, al igual que Obregón, llevó a cabo una política de integración de casi todas las corrientes políticas y militares. Este proceso de cooptación incluyó no sólo a quienes desde un inicio se habían manifestado como obregonistas, sino también a muchos grupos de anticarrancistas; así, se sumaron y fueron integrados los soberanistas de Oaxaca, los “Mapaches” de Chiapas, Peláez en la Huasteca y varios rebeldes que se habían identificado con Félix Díaz. A quienes no habían querido reconocer la nueva autoridad de los sonorenses, se aplicó la represión completa, pues el objetivo principal en ese momento era erradicar a cualquier grupo militar disidente.

El propio De la Huerta informaría que se había reprimido con “toda energía y acierto en términos no mayores de setenta y dos horas” varias asonadas como las de los generales Manuel Lárrega, Ireneo Villarreal, Pablo González, Carlos D. Osuna, Silvestre G. Mariscal, Estanislao Mendoza y Jesús M. Guajardo (quien fue fusilado).⁷⁸

Un caso distinto fue el de Félix Díaz, con quien, no obstante que muchos de sus subordinados (Gabay, Pineda, Carvallo, Lagunes, Cástulo Pérez) se habían integrado al obregonismo, el nuevo gobierno decidió no hacer tratos. En realidad no lo necesitaban, pues, a diferencia de otros jefes alzados, Díaz no controlaba un territorio preciso, tenía contingentes más bien limitados y sus subordinados habían llegado a acuerdos individuales, dejándolo así sin posibilidad de negociar.

Además, las diferencias ideológicas eran abismales, pues Félix Díaz seguía propugnando por la reinstauración de la Constitución de 1857. Finalmente, aparecía demasiado cercano a la vieja casta gobernante por ser sobrino de don Porfirio y nunca se quitaría el estigma de haber participado en el asesinato de Madero. Por ello, Álvaro

favor de Félix Díaz, en centros diplomáticos principalmente; incluso se hizo una edición francesa del “Manifiesto al Pueblo” de Félix Díaz. Al respecto, el informe de Alfredo Aragón, cónsul en París, a Salvador Diego Fernández, ARE, exp. 17-18-38.

⁷⁷ Véase acta firmada por J.A. Almazán, S.T. del Valle, A. Blanquet y Pedro del Villar, ARE, exp. L-E-837, leg. 12, fol. 12.

⁷⁸ Véase Adolfo de la Huerta, *Informe rendido por el C. Adolfo de la Huerta. Presidente Constitucional substituto en la República ante el H. Congreso de la Unión, el día 1° de septiembre de 1920* (México: Imprenta Diario Oficial), 23.

Obregón había declarado, desde el mes de abril de 1920, durante el juicio que se le hizo en la capital por sus nexos con Roberto Cejudo, lo siguiente:

En un mensaje que dirigí al pueblo americano, con motivo de las dificultades internacionales, declaraba, entre otras cosas, que si el voto público me favorecía, haría un llamamiento a los grupos rebeldes para que depusieran las armas, con excepción de Félix Díaz, que presenta, mejor dicho representa una tendencia completamente opuesta a la nuestra y los [que] deliberadamente han provocado una guerra internacional.⁷⁹

Por su parte, Félix Díaz había tratado de integrarse a la facción triunfante en la conflagración nacional o, por lo menos, buscar una salida decorosa y establecer un estatus similar al que había logrado Peláez. Así, desde junio de ese año eran públicos sus deseos colaboracionistas; para ello envió a su subordinado, el general Luis Medina Barrón, a tratar su rendición con el gobierno.⁸⁰

Díaz se mantuvo en contacto con Medina Barrón para conocer los avances; como no se obtenían los resultados deseados, presentó un proyecto de rendición en el cual solicitaba garantías a su facción; por ejemplo, en el punto cinco demandaba garantías para quienes como él se retiraran a la vida privada.⁸¹ Sin embargo, nunca fue tomado en cuenta; en realidad, el punto para el gobierno era deshacerse de Díaz. Por ello, a través del general Guadalupe Sánchez, se concertó una cita en la cual se le ofreció 1 250 000 dólares como indemnización por la confiscación de sus tierras. Como no aceptó fue preso y embarcado al exilio el 12 de octubre de ese año. Así, volvió a Estados Unidos luego de cuatro años de lucha infructuosa.

Para entonces era más o menos claro que los gobiernos de la revolución y su proyecto no tenían vuelta atrás. Sin embargo, el felicismo reinició su proceso organizativo y vio en cada nueva fractura de los gobiernos revolucionarios la posibilidad de regresar a México con un movimiento armado.

En lo sucesivo, el felicismo tendría que vivir el exilio al lado de otras facciones políticas; ello significaría menores posibilidades de acceder a recursos económicos, compartir el escenario con opciones políticas más atractivas ante los ojos de los gobiernos y capitalistas extranjeros.

A partir de 1920, el exilio mexicano se incrementó con la llegada de los carrancistas derrotados en ese año. Así, en Estados Unidos ya había huertistas, porfiristas y felicistas que se habían opuesto al constitucionalismo, y también carrancistas expulsados por la rebelión de Agua Prieta; aunque ideológicamente distantes y hasta hacía poco enemigos acérrimos en la contienda militar, tenían, por esas coyunturas que suele dar la historia, un enemigo común: Obregón. Por tanto, en los años siguientes, el exilio mexicano, entre todas sus orientaciones políticas, estaría permeado por su antiobregonismo.

⁷⁹ Véase "Lo que declara R. Cejudo y A. Obregón", *El Universal*, 8 de abril de 1920, 1.

⁸⁰ Véase "Félix Díaz quiere colaborar con el actual gobierno", *El Universal*, 1° de junio de 1920, 9.

⁸¹ Véase el comunicado de Félix Díaz con Luis Medina Barrón, 15 de junio de 1920, Archivo Fernando Torreblanca (AFT-FAO), exp. 411, fs. 2-3.

En noviembre, Félix Díaz estaba instalado otra vez en Nueva Orleans iniciando la reorganización de su movimiento con el apoyo manifiesto de personajes como Toribio Esquivel Obregón, Manuel Garza Aldape, Jorge Vera Estañol y Manuel Calero, entre otros.⁸²

Ante las derrotas constantes atribuidas a la falta de recursos, se generó un sentimiento de animadversión hacia el gobierno estadounidense. Así, en abril de 1921 Pedro del Villar envió un mensaje al secretario de Estado criticando la administración del presidente Wilson por haber apoyado a Carranza; insistía en la legitimidad del movimiento de Félix Díaz al reivindicar la Constitución de 1857, añadiendo que esta causa no había triunfado por “la exclusiva falta de recursos materiales de guerra que el gobierno de los Estados Unidos de América le ha impedido obtener, permitiéndolos tan sólo para el impuesto régimen imperante, para el Gobierno usurpador”.⁸³

Paralelamente, otras corrientes políticas hacían sus movimientos en contra de Álvaro Obregón. Desde el mismo año de 1920 circuló un manifiesto del doctor Vázquez Gómez en contra del gobierno, al tiempo que el general Robles Domínguez decía contar con apoyo para la insurrección en Oaxaca.⁸⁴ En enero de 1921, el general Francisco Murguía lanzó el Plan de Saltillo convocando a las armas en contra de Obregón.⁸⁵ Más aún, en marzo de ese año, Cándido Aguilar, Ireneo Villarreal y Pablo González ingresaron al país por la frontera tamaulipeca para unirse al movimiento de Murguía, pero la invasión fue un completo fracaso y los dirigentes fueron detenidos.⁸⁶

Esta experiencia fallida demostró que los exiliados tendrían que pensar muy bien las cosas antes de cualquier movimiento, y considerar una posible unificación para enfrentar a Obregón. Así, en julio de 1921 se preparó una reunión en San Antonio; en ésta estuvieron presentes varios generales, como Murguía, Mérito, Barragán, Pablo González y Lucio Blanco, quien trataba de propiciar un acercamiento con Díaz; sin embargo, este último no asistió.⁸⁷ Lucio Blanco insistió en la conveniencia de tener encuentros y en agosto de ese año se reunió con Pedro del Villar y con Esteban Cantú, quienes le propusieron acercarse a Pablo González, Francisco Murguía y Francisco Maytorena, y así enfrentar a Obregón.⁸⁸

Sin embargo, desde estas primeras reuniones afloraron las diferencias ideológicas: los felicistas defendían la reinstauración de la Constitución de 1857, mientras que los demás generales estaban por la “correcta” aplicación de la Constitución de 1917. Entonces Lucio Blanco propuso, conciliatoriamente, enarbolar la bandera del antiobregonismo.⁸⁹

⁸² Liceaga, *Félix Díaz*, 662.

⁸³ Impreso firmado por Pedro del Villar, AFD, c. 2, leg. 207, doc. 2.

⁸⁴ Comunicado de M. Escudero a Félix Díaz, 14 de diciembre de 1920, en AFD, c. 2, l. 193, doc. 1.

⁸⁵ AGN, Fondo Obregón Calles (en lo sucesivo FOC), fol. 43-47, exp. 101-R1-A.

⁸⁶ Véase Ricardo Corzo Ramírez, José González Sierra y David A. Skerrit, ... *Nunca un desleal: Cándido Aguilar, 1889-1960* (México: Colmex-Gobierno del Estado de Veracruz, 1986), 245.

⁸⁷ AFD, leg. 218 doc. 1; leg. 224 doc. 1; también en AGN, FOC, exp. 428-R-3, fols. 5-7.

⁸⁸ Carta de Pedro del Villar a Félix Díaz desde Nueva York, 2 de septiembre de 1921, AFD, carpeta 2, leg. 223. También en Liceaga, *Félix Díaz*, 687-693.

⁸⁹ En Liceaga, *Félix Díaz*, 694-695.

Desde ese momento el antiobregonismo mostró poca cohesión; el general Manuel Peláez, que vivía cómodamente, decidió no participar; por el contrario, Esteban Cantú inició una movilización que fue un fracaso en Baja California y Sonora. Tras este intento estaban Jorge Vera Estañol y Manuel Calero, para entonces un tanto distanciados de Félix Díaz. Además, supuestamente se contaría con recursos de Peláez, mismos que nunca llegaron.⁹⁰

Se especuló entonces que habría un movimiento antiobregonista que estallaría por todo el país: un frente en el norte con Domingo y Pablo González, y Lucio Blanco; mientras en el sur las acciones estarían a cargo de Félix Díaz, al tiempo que Francisco León de la Barra sería nombrado presidente interino.⁹¹ Por otra parte, se dijo que Maytorena iniciaría una incursión en Sonora, financiado por la Union Oil Co., al tiempo que el general Samuel García Cuéllar, que se suponía subordinado o afín a Félix Díaz, hacía trabajos unificatorios en Nueva York.⁹² El propio Félix Díaz había viajando a Nueva York, Washington y Filadelfia buscando apoyo para su causa.⁹³

No obstante que todos los antiobregonistas parecían moverse rápidamente, la situación era que el exilio mexicano parecía una verdadera torre de Babel y los fracasos se sucedieron en cadena: la noche del 8 de junio de 1922, el general Lucio Blanco fue sacado de su hotel, en Laredo, junto con el coronel Aurelio Martínez, y al día siguiente sus cadáveres aparecieron en territorio mexicano. En agosto, Francisco Murguía lanzó un nuevo manifiesto: el Plan de Zaragoza; cruzó la frontera e inició una nueva rebelión esperando unirse a Juan Carrasco en Sinaloa y Domingo Arrieta en Durango, pero el movimiento fracasó y fue fusilado en Tepehuanes.⁹⁴

Otra vez el financiamiento

La presencia de nuevos opositores al régimen revolucionario creó un problema de división de recursos entre las distintas facciones del exilio mexicano. Esta situación afectó directamente al felicismo, que de por sí tenía dificultades recaudatorias. En ese sentido, el retorno de Félix Díaz a Estados Unidos no cambió mucho la situación; aunque se empeñó en reivindicar la restitución de la Constitución de 1857 y un programa de amplias garantías al capital extranjero, no le fue fácil obtener recursos, lo que hizo muy largo este peregrinar.

Desde su retorno llegaron noticias de posibles aportaciones económicas, las más de las veces no concretadas: donaciones de cien mil dólares de banqueros estadounidenses, de quinientos mil pesos por parte de simpatizantes en Monterrey, de Manuel Peláez, etc. Asimismo, en enero de 1921, Luis Liceaga se entrevistó con Félix

⁹⁰ *Ibíd.*, 697-703.

⁹¹ Uriburu a Félix Díaz, 18 de enero de 1922, AFD, c. 4, leg. 334, doc. 2.

⁹² Carta de Uriburu del 16 de febrero de 1922, AFD, c. 4, leg. 371, y de José Covacevich a Félix Díaz, 16 de mayo de 1922, AFD, c. 5, leg. 482, doc. 1.

⁹³ AFD, c. 5, leg. 480, doc. 2.

⁹⁴ Plan de Zaragoza en AFD, c. 6, leg. 577, doc. 1, y leg. 580, doc. 1.

Díaz y acordaron buscar apoyo en la Iglesia católica mexicana a través del arzobispo de México, José Mora del Río; el arzobispo de Puebla, Enrique Sánchez Paredes, y el obispo de Cuernavaca, Manuel Fulchoni y Pietra Santa, pero por absurdo que parezca, la propuesta se vio interrumpida por el deceso del papa Benedicto XV.⁹⁵

Para resolver este problema Pedro del Villar ideó formar, en noviembre de 1921, la International Association for Advancement of Religion and Political Liberty, Inc., para promover la rebelión como una inversión. Se emitieron dieciséis mil acciones a diez dólares, con lo cual logró organizar una campaña de prensa a favor de Díaz.⁹⁶ Esta organización no provocó mayor entusiasmo en Díaz, que había enfriado su relación con Pedro del Villar; para colmo de males, un año después, la asociación pasaba por un mal momento, pues no había logrado recaudar fondos en Nueva York.⁹⁷

Por otra parte, Eduardo Aguirre Velázquez trataba de conseguir dinero en Guatemala. La conexión guatemalteca pareció recobrar interés, pues se había dado un cambio de gobierno que los felicistas interpretaron como favorable. Así, los agentes Robles (ex carrancista) y Macías establecieron contacto con el nuevo presidente, el general Orellana, cuyo gobierno supuestamente mostró interés en apoyar a los antiobregonistas.⁹⁸

Lo cierto es que la falta de dinero, armas, municiones y voluntarios impidieron que el felicismo intentara nuevas movilizaciones en buena forma. Como se ha visto, la competencia de otras facciones políticas fue muy importante, pero también la ineficiencia, la división, la inactividad personal de Díaz y cierta corrupción (algunos miembros cobraban comisión por el manejo del dinero).

En relación con esto último, uno de los agentes felicistas en Laredo manifestaba que, en cierto negocio que produciría diez mil dólares, tenía desconfianza de un tal Serapio Rubalcava, a quien consideraba un “chingón del once”.⁹⁹ El propio Félix Díaz estaba al tanto del distanciamiento de algunos simpatizantes y militantes, entre otros motivos por el mal manejo de fondos.¹⁰⁰ De manera que eran recurrentes las acusaciones de ineficacia a la Junta Central del Movimiento de Reconstrucción Nacional, la cual había dejado sin recursos a los jefes militares para operar.¹⁰¹

Si esto no fuera suficiente, el año de 1923 fue peor. Félix Díaz tuvo que aceptar los trabajos de Cecilio Ocón, no obstante que estaba a disgusto con él, pues

⁹⁵ Véase la carta de Pedro del Villar, 12 de octubre de 1921, AFD, c. 2, leg. 246, doc. 2; de Rafael Ochoa, 3 de enero de 1922, c. 4, leg. 310, doc. 1; de Nemesio García Naranjo, c. 3, leg. 329, doc. 1; y de Luis Larrea, 27 de enero de 1922, c. 4, leg. 345, todas dirigidas a Félix Díaz. También en Liceaga, *Félix Díaz*, 668-669.

⁹⁶ Pedro del Villar a F. Díaz, 5 de enero de 1922, AFD, c. 3, leg. 313, doc. 2.

⁹⁷ La Asociación era dirigida por Alonso Mariscal, Wilbur Bates era el secretario y del Villar el tesorero. En AFD, c. 6, leg. 623, doc. 2; leg. 615, d. 1; también carta de Pedro del Villar a Félix Díaz, c. 8, l. 822, d. 2.

⁹⁸ Véase AFD, c. 4, leg. 379, d. 1; leg. 366 y leg. 446, doc. 1. Incluso el general guatemalteco José Barrios se habría entrevistado con Orellana en nombre de Félix Díaz. Carta de L.H. Machiani desde Guatemala, 7 de marzo de 1922, AFD, c. 4, leg. 395.

⁹⁹ AFD, c. 5, leg. 446, 447 y 466.

¹⁰⁰ AFD, c. 6, leg. 624, doc. 1.

¹⁰¹ Antonio Escobar a G. Rosas, México, 14 de octubre de 1922, AFD, c. 7, leg. 632, doc. 1.

parecía tener los contactos para conseguir dinero. En ese sentido, Díaz planteó la necesidad urgente de concretar los préstamos o de plano prescindir de los servicios de Ocón.¹⁰²

Ocón se movilizó, fue a Washington, y de paso por Nueva York comentó a Pedro del Villar que la oportunidad de Félix Díaz para encabezar un movimiento había pasado ya, y que por lo tanto era mejor pensar en alguien conectado con los nuevos acontecimientos, alguien como el general Enrique Estrada. Lamentablemente para el felicismo, Ocón había dado en el clavo: después de tales comentarios Félix Díaz le retiraría cualquier representación.¹⁰³

Otros felicistas trataron de conseguir dinero: Eneas Levi entró en contacto con capitalistas de Chicago; Charles Moneglia insistiría una y otra vez en comprar y vender terrenos petroleros para allegarse de recursos; José María Servín contactó en México al banquero Castillo Negrete, y Teófilo Castillo Corzo recurrió infructuosamente a un amigo en Austin.¹⁰⁴ Las esperanzas de obtener financiamiento se redujeron; quedaba que Félix Díaz y Guillermo Rosas presionaran a los funcionarios de la Casa Blanca y a unos capitalistas de Nueva York, pero estas gestiones fallaron.¹⁰⁵

Otra de las probables fuentes de financiamiento que exploró el felicismo se encontró entre los católicos. Entre ambos grupos había cierta identificación ideológica, que creció luego de la expulsión de monseñor Filippi, el representante de El Vaticano en México.

El felicismo trató de aprovechar cierta beligerancia de los católicos, y estableció contacto a través de algunos de sus militantes identificados plenamente con el catolicismo, como Luis Liceaga, Luis Corona, Jesús D. Ibarra o Enrique Cepeda (que era caballero de Colón y que brevemente había sido gobernador del Distrito Federal en febrero de 1913) para obtener fondos.¹⁰⁶

Así, se repitieron las solicitudes hechas antes al arzobispo de Guadalajara, a los caballeros de Colón y demás católicos. Sin embargo, el catolicismo no mostró pleno convencimiento por Díaz y seguidores.¹⁰⁷

¹⁰² AFD, c. 8, leg. 760, doc. 1, l. 763, d. 2.

¹⁰³ Véase AFD, c. 8, leg. 785, doc. 1; también la carta de F. Díaz a C. Ocón, 7 de diciembre de 1923, c. 10, leg. 971, doc. 2.

¹⁰⁴ AFD, c. 8, l. 756, d. 2; l. 767, d. 2; l. 795, d. 2; l. 805, d. 2; l. 816, d. 1; l. 823, d. 2; l. 828, d. 1. c. 9, leg. 915 doc. 1.

¹⁰⁵ AFD, c. 8, l. 823, d. 1; c. 9, l. 881, d. 1; l. 927, d. 2; l. 930, d. 1.

¹⁰⁶ AGN, FOC, exp. 101-R1-A, fol. 25.

¹⁰⁷ Vendrían entonces las recriminaciones de los felicistas. Manuel de la Hoz comentaría desde México a Guillermo Rosas: "Si los llamados católicos, en tiempo y forma oportuna, cuando directamente los estreché, por medio del arzobispo a que nos prestaran ayuda material, hubieran hecho algún sacrificio, con seguridad que no se lamentarían hoy del golpe recibido. Han seguido el sistema de que 'aquel que no estorba ayuda' y con esa actuación hipócrita han encontrado su merecido". El arzobispo había dicho que no estaba en sus manos proporcionar ayuda a los felicistas. Tal actitud confirmaba la plática de Escudero con los jóvenes de la Asociación Cristiana de Jóvenes Mexicanos: "éstos me manifestaron que, el señor delegado opinaba porque nada se hiciera en forma de rebeldía, que era necesario apoyar y sostener al actual gobierno. Nada de hacer revoluciones, que el Gobierno si era malo, ya habría tiempo de que se fuera componiendo...", en AFD, c. 4, leg. 336, doc. 2.

Incluso entonces, con todo y la aplicación del artículo 33 al nuncio apostólico (ciertamente lo peor de las pugnas entre católicos y gobierno estaba por venir), los caballeros de Colón condicionaron su apoyo a que Félix Díaz subsanara algunos errores.¹⁰⁸ Al mismo tiempo, Luis Corona buscaba contactarse con el arzobispo de la ciudad de México y con el de la ciudad de Puebla. Sin embargo, los fondos no fluyeron y los felicistas en México, como Mario Ferrer, se quedaron sin apoyo.¹⁰⁹

Incluso durante y después de la rebelión delahuertista, Díaz y sus seguidores trataron de propiciar un acercamiento con la jerarquía católica para obtener el financiamiento; sin embargo, una y otra vez la iglesia evadió comprometerse aduciendo que pasaba por mala situación.¹¹⁰ Ante tanta dificultad los felicistas buscaron apoyo entre grupos de masones, a través de un contacto en Washington, Perry Widner, quien era secretario general de una logia.¹¹¹

Las nuevas movilizaciones

La falta de recursos sería el principal obstáculo para financiar a los pequeños grupos de felicistas que seguían en armas en México. Cástulo Pérez se mantuvo en la Sierra Sotepan, en el sur de Veracruz, gracias a sus propios recursos y a que furtivamente recibía dinero de El Águila. Menos adinerado era Mario Ferrer, que debió abandonar la lucha en Oaxaca y viajar a Estados Unidos para entrevistarse con Félix Díaz y Pedro del Villar; al no obtener el dinero que necesitaba, tuvo que refugiarse en Guatemala varios años en espera de mejores oportunidades.

La falta de recursos también mantuvo detenido a Raúl Matus en Juchitán, a Agapito Barranco en Orizaba y a otros más que mostraban deseos de entrar en acción.¹¹² Por su parte, Antonio Escobar se quejó de que en Puebla no había despedido la rebelión por la incompetencia de Pablo Ariza y Guillermo Pous, que no habían remitido los fondos requeridos.¹¹³

Tampoco hubo dinero suficiente para propiciar nuevas movilizaciones fuera de las ya existentes en territorio nacional. Uno de los pocos casos fue el de Ismael Hernández, que peregrinó por el noreste mexicano, siempre corto de recursos.

Los intentos insurreccionales de Hernández, quien siempre se mostró identificado con el felicismo, comenzaron a organizarse a inicios de 1922, cuando buscó apoyo entre banqueros regiomontanos.¹¹⁴ Para obtener recursos estableció un negocio de amplio espectro que lo mismo realizaba compraventa de bienes inmuebles, representaciones o traducciones bajo el nombre de International Business and Information,

¹⁰⁸ Véase AFD, c. 6, l. 564, d. 1

¹⁰⁹ AFD, c. 5, leg. 495, d. 2; c. 8, leg. 804, doc. 2.

¹¹⁰ Carta de Luis Liceaga a F. Díaz, México, 3 de junio de 1925, AFD, c. 12, l. 1133, doc. 1.

¹¹¹ AFD, c. 4, leg. 384, doc. 1.

¹¹² AFD, c. 6, l. 625, d. 2; c. 7, l. 680, d. 1-2; l. 689, d. 1 y c. 9, l. 914, d. 1.

¹¹³ Carta de Antonio Escobar a Guillermo Rosas, 16 de julio de 1922, AFD, c. 6, l. 538, d. 2.

¹¹⁴ Ismael Hernández a Félix Díaz, 8 de marzo de 1922, AFD, c. 4, leg. 397, doc. 2.

localizado en San Antonio.¹¹⁵ Más le valía a Hernández moverse por su cuenta, pues la ayuda recibida de Díaz fue exigua: primero le regateó un nombramiento oficial y luego, los recursos remitidos fueron pobres.¹¹⁶ Así que en busca de recursos recurrió al arzobispo de México, a quien pidió diez mil pesos.¹¹⁷

Los obstáculos para Hernández siguieron; a la falta de recursos y contingentes, hubo que sumar las intrigas generadas en el propio felicismo debido a que se le otorgó el nombramiento de jefe de División del Noreste del Ejército Reorganizador Nacional.

El plan de Hernández era iniciar la rebelión paralelamente en el norte y en el sur del país con la ayuda de Mariano Viesca Arizpe y Antonio Castellanos, contando con que se le sumaría el grupo de Lucio Blanco.¹¹⁸ Finalmente, el 14 de octubre de 1922, Hernández, temerariamente, se internó en territorio mexicano con el afán de organizar las partidas que integrarían su contingente de campaña. Rápidamente se acusó la falta de recursos y fue muerto en las cercanías de Monterrey, a finales de noviembre.¹¹⁹

En California, los felicistas prepararon otro movimiento armado que debía estallar en el noroeste mexicano. El responsable de conseguir los recursos era Brígido Caro en Los Ángeles. Así, Juan Carrasco se levantó en armas en julio de ese año, reivindicando la Constitución de 1857, pero su movilización tuvo nulo impacto y fue fusilado.¹²⁰

Otro tanto influyó, en estos fracasos, la actitud del propio Díaz, que en esos años se vio superado por propios y extraños. Sus seguidores le urgían a que se presentara ante los capitalistas para obtener recursos; se comentó entonces que Cecilio Ocón y el general García Cuéllar llegaron a restarle recursos al felicismo.

De cualquier forma, la Casa Blanca siguió teniendo en mente al felicismo, sobre todo a través de personajes como el senador Fall, pero a condición de que Díaz figurara al frente de acciones tangibles.¹²¹ En agosto de 1922 hubo nuevos ofrecimientos de recursos y elementos de Fall, siempre dispuesto a entrometerse en asuntos mexicanos. En esta ocasión se trataba de un plan que incluía a Félix Díaz, Samuel García Cuéllar y Manuel Peláez con acciones en las zonas sur, norte y Huasteca, respectivamente.¹²² Sin embargo, Díaz nunca se decidió y ciertamente no había las condiciones para iniciar una nueva aventura.¹²³

¹¹⁵ El negocio era manejado por José Merced Lozano. AFD, José M. Lozano a G. Rosas, c. 6, leg. 552, doc. 1.

¹¹⁶ Carta de G. Rosas a I. Hernández, 4 de agosto de 1922, AFD, c. 6, l. 556 D. 1. Ese mismo mes Ismael Hernández recibió la cantidad de 1250 dólares remitidos por Rosas; c. 6, l. 561, d. 1.

¹¹⁷ AFD, c. 6, leg. 566, d. 2.

¹¹⁸ Carta de Ismael Hernández a F. Díaz, 18 de julio de 1922, AFD, c. 6, leg. 541, d. 1-3.

¹¹⁹ Carta de J.M. Lozano a G. Rosas, c. 7, leg. 634, d. 1, y Eneas Levi, l. 680, d. 2, en AFD.

¹²⁰ Véase la carta de Brígido Caro a Félix Díaz, 5 de marzo de 1922, AFD, c. 4, leg. 393 y también c. 5, leg. 549, d.1.

¹²¹ Eneas Levi a Guillermo Rosas Jr., 25 de octubre de 1922, AFD, c. 7, leg. 642 doc. 2; y de Antonio Escobar a Guillermo Rosas Jr., leg. 648, doc. 1.

¹²² AFD, c. 6, l. 573, d. 2; también la carta de Eneas Levi a Guillermo Rosas, 8 de diciembre de 1922, leg. 689, d. 2.

¹²³ Bien claro se lo planteó Pablo Ariza desde México: "Aquello de que cuando Ud. pise el territorio se levante el pueblo como un solo hombre para secundarlo, no es cierto. La mayoría del pueblo carece de ideales...". Carta del 16 de noviembre de 1922, AFD, c. 7, leg. 666, doc. 2.

Divisionismo y rupturas

Las diferencias internas del felicismo aumentaron al retorno de Díaz a Estados Unidos, pues, aprovechando su presencia, empezaron las recriminaciones.

Así, Pedro del Villar comenzó a ser blanco frecuente de críticas, y al ser relevado del control, fue motivo de contento entre algunos.¹²⁴ Por otra parte, Díaz se había alejado notoriamente de Jorge Vera Estañol debido a sus nexos con Cantú, pues se le consideraba la eminencia gris de los movimientos que éste hiciera en Baja California.¹²⁵

Pero las críticas se proyectaban casi entre todos los felicistas; por ejemplo, otro de los blancos favoritos era Julio Ziegner Uriburu, uno de los contactos en Los Ángeles, quien supuestamente tenía acusaciones en su contra en la Corte de Estados Unidos por un dinero que había entregado a Esteban Cantú.¹²⁶

Con razón o sin ésta, las desconfianzas se extendían hacia Esteban Cantú, Manuel Peláez, Ismael Hernández y sus seguidores, Nemesio García Naranjo (constantemente acusado de coquetear con otros líderes del exilio) o contra Brígido Caro. También José Covacevich y Eneas Levi tenían desacuerdos, Manuel de la Hoz consideraba que varios felicistas se habían comportado de manera deshonrosa: Mario Ferrer pensaba que Pedro del Villar, en lo político, y Cecilio Ocón, en lo financiero, obstruían la labor felicista; al tiempo que Guillermo Rosas deploraba las actividades de Ismael Hernández y José Merced Lozano, mientras Luis Liceaga acusaba a Manuel de la Hoz de haber falsificado documentos con la rúbrica de Félix Díaz.¹²⁷ Entonces los celos y envidias afloraron con más fuerza que antes; incluso se dio una escisión “mayor” cuando Manuel Calero, en pugna con Félix Díaz, decidió apoyar a Samuel García Cuéllar como jefe militar de la insurrección, en agosto de 1921.¹²⁸

La subordinación de García Cuéllar fue más que relativa, pues en realidad había sido cercano a Victoriano Huerta, quien lo nombró gobernador del Distrito Federal en 1913.

Parte de las diferencias provenían de una discusión política, pues aunque Manuel Calero y Samuel García Cuéllar también defendían la reinstauración de la Constitución de 1857, ellos no deseaban reformarla, como ya lo pretendían Félix Díaz, Rodolfo Reyes y otros seguidores.

García Cuéllar se movilizó ampliamente; por una parte, tuvo contactos con Esteban Cantú y Pablo González y, por la otra, trató de obtener el apoyo de compañías petroleras, viajó hasta Washington y logró el apoyo de Albert B. Fall. Incluso se

¹²⁴ Carta de Federico García y Alba en que acusó a Del Villar de no haber cumplido con su cometido en AFD, c. 5, leg. 436, doc. 2; también leg. 484 y 495 doc. 2.

¹²⁵ Carta de Brígido Caro, AFD, c. 4, leg. 416, doc. 2.

¹²⁶ Carta de Brígido Caro a Guillermo Rosas, 15 de noviembre de 1922, AFD, c. 7, leg. 665, doc. 2.

¹²⁷ En este sentido de los desacuerdos, es muy puntual el comentario de Luis Larrea: “Nuestros trabajos por aquí siguen desenvolviéndose con cierta dificultad, debida principalmente a la falta de unidad en los trabajos, pues es notoria la discordia que existe entre nuestros amigos, quienes únicamente se concentran en injuriarse mutuamente...”. Carta a Díaz, 10 de agosto de 1922, AFD, c. 6, leg. 573.

¹²⁸ Véase la carta de Pedro del Villar y Rafael Ochoa Ramos a F. Díaz, AFD, c. 2, leg. 227 y leg. 230.

dio el lujo de invitar a Félix Díaz a unírsele. García Cuéllar se apoderaba de todas las instancias y parecía asumir la jefatura del movimiento. Entonces, Félix Díaz advirtió que no participaría en un plan conjunto con Cantú y García Cuéllar si este último asumía la dirección.¹²⁹

Así, el felicismo tuvo una reunión magna el 25 de septiembre de 1921, en la que participaron Díaz, García Cuéllar, el general Guillermo Rubio Navarrete, Jorge Vera Estañol, Pedro del Villar, Nemesio García Naranjo y Manuel Calero, con el afán de llegar a acuerdos de acción. Sin embargo, para noviembre de ese año, García Cuéllar abiertamente se movía al margen de Díaz: al parecer había recibido señal del senador Fall de mantenerse independiente de Díaz, debido a la impopularidad de éste en círculos mexicanos. Una prueba de este distanciamiento es que García Cuéllar viajó a Nueva Orleans para hacer proselitismo sin visitar a Díaz.¹³⁰

Para entonces, García Cuéllar había logrado cierta presencia en Washington debido a su relación con Fall, lo cual le propició mayor atención de parte de otros exiliados como Murguía, Pablo González, Lucio Blanco y hasta del mismo Nemesio García Naranjo.¹³¹

De nuevo, en abril de 1922 se dio una reunión en Nueva York con García Cuéllar, Alfredo Ricaut, Lucio Blanco, Pablo González y Félix Díaz, quienes decidieron adoptar un plan de acción común, el cual enviarían al Departamento del Interior de Estados Unidos.¹³² Como nada pasó, Félix Díaz, García Cuéllar y Manuel Peláez se reunieron de nuevo en Nueva York y convinieron ante mister Dickinson (un allegado a Fall), dirigir de común acuerdo el Movimiento Restaurador Nacional en la zona sur, norte y Huasteca, respectivamente.¹³³ Sin embargo, en 1923 los tres generales seguían en Estados Unidos.

A partir de 1923, la situación para el felicismo se tornó desesperada; a la falta de financiamiento y el divisionismo que lo acosaba desde hacía años, se sumaría una serie de problemas: en México habían quedado fuera de circulación los pocos fieles que seguían en armas, Cástulo Pérez había muerto, Mario Ferrer estaba en Guatemala. En esos días la pugna electoral en México se aceleraba y la atención de Estados Unidos se concentró en ello; por si fuera poco, se veía venir la regularización diplomática entre México y aquel país, lo cual era casi un tiro de gracia al exilio mexicano. Así lo entendía el felicismo y toda la tensión estaba puesta en las reuniones oficiales entre ambos países; finalmente, se dio el reconocimiento diplomático en septiembre de 1923, lo cual canceló definitivamente cualquier esperanza de financiamiento o de reconocimiento de beligerancia.

Entonces, el felicismo jugó a la desesperada. Por una parte, se amplió la tolerancia hacia grupos que no necesariamente se identificaban con el ideario de la

¹²⁹ AFD, c. 4, leg. 303, doc. 1

¹³⁰ AGN, FOC, caja 48, exp. 104-W-4.

¹³¹ Véase el informe de Mr. Russell del 7 de diciembre de 1921, AGN, FOC, c. 48, exp. 104-W-4. Celosos y enojados, los felicistas inquirirían a García Naranjo si todavía estaba con ellos o había virado al bando de García Cuéllar. AFD, c. 4, leg. 309, doc. 1-2.

¹³² Véanse los informes del agente Walker entre el 1° y el 15 de mayo de 1922, AGN, FOC, exp. 104-W-4.

¹³³ AFD, c. 7, leg. 689, doc. 2.

Constitución de 1857; así, desde comienzos de 1923 se empezó a dar una mayor coordinación con el ex carrancista Domingo Arrieta y, paralelamente, Aquileo Juárez, José Merced Lozano y Nicolás Rodríguez se habían unido a seguidores del general Pablo González para formar una junta antiobregonista que incluía también a villistas.¹³⁴

Otra salida que vio el felicismo a su crisis fue abrirse casi incondicionalmente a los gobiernos y capitalistas extranjeros, sin darse cuenta de que ello los hacía más inviables. Entonces cobró más fuerza la idea de pedir abiertamente ayuda a Estados Unidos para restituir la Constitución de 1857 con algunas reformas. Así, en abril de 1923, el felicismo envió desde la ciudad de México un documento al secretario de Estado, Charles Hughes, proponiéndole reconocer la deuda exterior y dar preferencia a las empresas petroleras estadounidenses en las concesiones gubernamentales, así como reanudar los tratados internacionales con Estados Unidos.¹³⁵

La tolerancia del felicismo se había ampliado tanto, que deseaban existiera afinidad con el Partido Fascista en México.¹³⁶ Más aún, en un afán de provocar escándalo, los felicistas en la ciudad de México realizaron actos de los que ahora se califican como terroristas, pues colocaron una bomba en la embajada de Estados Unidos y otra en la iglesia de San Felipe Neri.¹³⁷ Y para obtener recursos rápidamente, urdieron el plan de secuestrar a “millonarios carrancistas” para pedir rescates que debían ser depositados en Estados Unidos.¹³⁸

Entre 1920 y 1923, el exilio mexicano, particularmente el felicista, poco pudo hacer de manera efectiva para derribar a Obregón. Imperó el divisionismo y la falta de recursos, a la par que en México el gobierno fortalecía el control sobre los movimientos disidentes y estabilizaba sus relaciones con Estados Unidos. De hecho, el mayor peligro para el gobierno obregonista provendría de la división interna suscitada en 1923, encabezada por Adolfo de la Huerta y los generales Guadalupe Sánchez, Enrique Estrada y Fortunato Maycotte, líderes del movimiento conocido como rebelión delahuertista. Este movimiento (que fue de la mayor importancia), borró temporalmente los esfuerzos de los exiliados mexicanos.

La rebelión y el exilio delahuertista

Aunque la rebelión delahuertista logró movilizar a más de la mitad del ejército y de las cámaras de Diputados y Senadores en contra del gobierno, Obregón pudo organizar sus fuerzas y hacer efectivas sus relaciones con Estados Unidos para recibir armamento. Así, los alzados fueron derrotados en tan sólo cuatro meses. Esto generó una nueva migración que se sumó a los mexicanos ya exiliados en aquel país. En seguida, los recién llegados empezaron a captar la atención del gobierno y

¹³⁴ Véase la correspondencia generada en el mes de agosto de 1923, AFD, c. 9, leg. 905 doc. 2; leg. 907, doc. 1; leg. 909, doc. 2. También en Liceaga, *Félix Díaz*, 762.

¹³⁵ AFD, c. 8, leg. 822, doc. 1.

¹³⁶ A. Escobar a Guillermo Rosas, 7 de abril de 1923, AFD, l. 809, D. 2, c. 8.

¹³⁷ Manuel de la Hoz a Guillermo Rosas Jr., 6 de junio de 1923, AFD, c. 9, leg. 866, doc. 2.

¹³⁸ Manuel de la Hoz a Guillermo Rosas, AFD, c. 11, leg. 1043, doc. 1.

capitalistas en Estados Unidos, así como de la policía secreta mexicana que los mantenía bien vigilados.

La llegada de los delahuertistas de nuevo afectó a los demás grupos de exiliados, pues se constituyó en un nuevo factor de dispersión ya que, además, tenía la posibilidad de obtener recursos económicos, pues había demostrado capacidad para movilizar a amplios sectores del ejército. Así, desde los últimos meses de 1924, los delahuertistas se reagruparon y junto con algunos carrancistas comenzaron a conspirar.¹³⁹

Mientras tanto en México, el general Plutarco Elías Calles desarrolló su campaña a la presidencia con todo el apoyo del sistema. Por la oposición a los gobiernos de la revolución se propuso la candidatura de Ángel Flores, general conservador, a quien se identificó como la versión civilista electoral del delahuertismo. En ese contexto, el felicismo se acercó a la campaña de Flores, y desde Estados Unidos manifestó su simpatía al respecto.¹⁴⁰ Como era previsible, Calles ganó las elecciones y se dio cierta unión entre felicistas y floristas lo cual, de todas formas, no significaba mucho.

Como la competencia por los recursos era mucha y el gobierno de Estados Unidos había otorgado pleno reconocimiento a Obregón, el felicismo decidió cambiar de estrategia: en lo sucesivo esta facción buscó el apoyo de Inglaterra, que no había reconocido al gobierno de Álvaro Obregón. De esta manera, se ideó la formación del Partido Reorganizador Nacional, que desde luego tendría como cabeza a Félix Díaz, y que proponía por plan político reivindicar la Constitución de 1857; como guiño a los capitales extranjeros postulaba la formación adecuada de la Ley Petrolera para garantizar la propiedad privada.¹⁴¹ El felicismo estableció entonces contacto con los petroleros ingleses, que ya antes habían financiado rebeliones; se consideraba que Inglaterra podía ser (ya lo había sido), una aliada de la causa felicista. En ese tenor, Carlos Moneglia estableció contacto con la casa Pearson y obtuvo la promesa de que Díaz tendría a su disposición pertrechos en Belice, que le serían enviados en tres buques. Sin embargo, concluyó el año de 1924 y el embarque nunca llegó, por lo cual los felicistas decidieron entrevistarse directamente con Pearson (los primeros contactos habían sido a través del sobrino del magnate).¹⁴²

En realidad, para los ingleses Félix Díaz no era la mejor opción, pues pensaban que Adolfo de la Huerta tenía más posibilidades de hacer algo. De cualquier forma, los felicistas seguían esperando un milagro. Más realista sería el comentario de Francisco López Carvajal a Díaz, en relación con la actitud de Pearson y los estériles resultados con la conexión inglesa: “Estamos condenados al tío Sam sabe Dios hasta cuándo”.¹⁴³

¹³⁹ Véase AGN, Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (DGIPS), caja 262, exp. Junta sediciosa, 7/313.1 (72-73) y exp. 7/313 (72-73)5, fols. 24-25.

¹⁴⁰ Véanse las cartas a Félix Díaz de Julio Ziegner Uriburu, Pablo Ariza y Luis Liceaga, AFD, c. 10, leg. 1017, d. 1, leg. 1026, d. 2, leg. 1028, d. 2.

¹⁴¹ AFD, c. 11, leg. 1086, doc. 2.

¹⁴² AFD, c. 11, leg. 1070, doc. 1; leg. 1076, doc. 1; leg. 1080, doc. 1; leg. 1080, doc. 2.

¹⁴³ Carta fechada el 20 de marzo de 1929, AFD, c. 18, leg. 1751, doc. 1.

La Cristiada y otras rebeliones

Cada ocasión que en México se daba una convulsión política o fractura militar, apenas se percibían barruntos de rebelión, el felicismo interpretaba que ellos mismos, “los elegidos”, los verdaderos “salvadores de la patria”, asumirían el papel protagónico. Una y otra vez, la realidad nacional se encargaría de demostrarles su error.

Así, se dieron varios intentos por unirse a movimientos antiobregonistas; uno de éstos fue el de Arnulfo R. Gómez. En este caso, el agente felicista Agustín Escobar se entrevistó con Gustavo Salinas y Gerzayn Ugarte, representantes de Gómez, en octubre de 1927, con el propósito de sumar fuerzas.¹⁴⁴ Los planes no fructificaron, pues, como se sabe, el general Gómez terminó fusilado en Coatepec el 4 de noviembre de 1927. Otra oportunidad se dio con la rebelión de Gonzalo Escobar, en 1929, a la que supuestamente se uniría Guillermo Rosas Jr. en Sonora, lo cual resultó falso.¹⁴⁵

Por otra parte, Julio Ziegner Uriburu, que para entonces había adquirido el papel principal en el aspecto financiero del felicismo, decidió, al margen de Félix Díaz, apoyar la aventura militar de Enrique Estrada en Baja California, lo cual le propició el rechazo de sus correligionarios; sin embargo, fue aceptado de nuevo por el felicismo, pues parecía tener los contactos financieros.¹⁴⁶

Julio Ziegner Uriburu era un personaje extraño entre el exilio mexicano: un abogado internacionalista de origen argentino, nacido en 1868. Había vivido en Alemania y se estableció en California desde 1905, donde fundó el “Movimiento Pan Americano”. Era sobrino del general Félix Uriburu, quien mediante un golpe militar había derrocado al presidente Irigoyen en Argentina; se decía que Ziegner Uriburu, a través del “Movimiento”, había obtenido financiamiento para la “gesta” de su tío.

En cuanto al exilio mexicano, se vinculó al felicismo desde 1920; se decía también que había desfalcado a un banco por doscientos mil dólares cuando fundó la L.A. Mercantil and Banking Co., que había financiado y robado quinientos mil dólares a Esteban Cantú, que se había unido a Enrique Estrada y a Adolfo de la Huerta.¹⁴⁷ Por si fuera poco, estuvo cercano a la rebelión cristera por cuenta propia en 1928, cuando mantuvo contacto con Luis G. Bustos, el agente cristero en Estados Unidos. Todas estas uniones coyunturales y bandazos alejaron poco a poco a Uriburu del felicismo.¹⁴⁸

Por cierto que la rebelión cristera fue otra de las coyunturas que trató de aprovechar el felicismo para retornar a la palestra militar y política. Nuevamente Félix Díaz y seguidores se sintieron los elegidos y pensaron que era el momento de encabezarse una nueva rebelión. La cristiada fue la última oportunidad para ello.

Las disputas entre la Iglesia católica y los regímenes de la revolución se incrementaron notablemente por la política anticlerical del gobierno y el rechazo de los

¹⁴⁴ Agustín Escobar a Guillermo Rosas desde El Paso Texas, 21 de octubre de 1927, AFD, c. 15, leg. 1509, doc. 2.

¹⁴⁵ AFD, c. 18, leg. 1749, doc. 2.

¹⁴⁶ Al respecto Francisco López Carvajal reprocharía a Félix Díaz su falta de apoyo a esta movilización. AFD, c. 13, leg. 1264, doc. 2; también leg. 1258, doc. 1, leg. 1263, doc. 1.

¹⁴⁷ AFD, c. 13, leg. 1269, doc. 1; c. 18, leg. 1798, doc. 2.

¹⁴⁸ AFD, c. 16, leg. 1554, doc. 1; leg. 1562, doc. 2; leg. 1584, doc. 1; leg. 1606, doc. 2.

católicos al nuevo laicismo. La situación explotó hacia 1926, de manera violentísima, en una rebelión armada que abarcó varios estados, sobre todo en el Bajío y norte del país.

Más aún, la movilización católica traspasó la frontera mexicana, pues la iglesia y asociaciones como los caballeros de Colón se movilizaron para recabar fondos que coadyuvaran a la rebelión.¹⁴⁹

De las facciones políticas en el exilio, la que de manera más natural se identificaba con los católicos por su conservadurismo, era el felicismo. Como además esta lucha podía despertar simpatía entre los católicos estadounidenses, los felicistas redoblaron su interés tratando de entretejer una relación entre ambos grupos.¹⁵⁰

Sin embargo, la Iglesia católica mexicana, aunque tenía afinidad con el felicismo, contaba con un movimiento armado propio, surgido en territorio nacional, con bases populares en el campo y las ciudades del Bajío, por lo que no sintieron la necesidad de importar a Félix Díaz y su movimiento. De hecho, los católicos enviaron a René Capistrán Garza a Estados Unidos en busca de recursos y para propiciar un encuentro con el general Enrique Estrada y sumarlo al movimiento.¹⁵¹

Por ello los católicos, si bien estimaban la ayuda que Félix Díaz pudiera aportar, consideraban que la conducción les debería estar reservada. Así, por ejemplo, los caballeros de Colón se mostraron dispuestos a financiar un movimiento, siempre y cuando a la cabeza estuviera uno de ellos;¹⁵² de hecho, pensaban en René Capistrán o en Rubio Navarrete. Para los católicos estadounidenses quedaba claro que el líder de la lucha no era Félix Díaz,¹⁵³ y cuando algún miembro de la iglesia se mostró más animado, como el padre C. Maya, se requirió que existiera el apoyo de Washington.¹⁵⁴

Además, los cristeros tenían su propio enviado en Estados Unidos con el fin de obtener recursos para la lucha, al principio René Capistrán Garza y luego Luis G. Bustos, lo cual minó la hipotética ayuda que pudiera recibir Félix Díaz de los católicos estadounidenses;¹⁵⁵ así, a principios de 1927, se reportaba que Capistrán Garza había obtenido doscientos cincuenta mil dólares tan sólo en Los Ángeles. Aunque con frecuencia solía fantasear en torno a sus recaudaciones.¹⁵⁶

Félix Díaz y sus partidarios siguieron pensando, ilusamente, que serían los elegidos para encabezar el descontento de los católicos y que contarían con el apoyo de la Liga Católica, obispos y clero en general, y que Capistrán Garza se subordinaría

¹⁴⁹ Por ejemplo, los Caballeros de Colón de México y Estados Unidos se reunieron en El Paso, en septiembre de 1926. Véase la carta de Benjamín Jurado a Guillermo Rosas, AFD, c. 13, leg. 1268, doc. 2.

¹⁵⁰ Incluso desde agosto de 1926, Browne Willis ofreció un barco a Félix Díaz para que viajara a México: "para que se ponga al frente de las huestes católicas y redima al pueblo mexicano del yugo opresor del tirano ateo". AFD, c. 13, leg. 1253, doc. 1 a leg. 1254, doc. 1.

¹⁵¹ Jean Meyer, *La Cristiada* (México: Siglo XXI, 1980), 72.

¹⁵² Seguramente, la autonomía mostrada por los Caballeros de Colón para fomentar una rebelión al margen de la Liga se debía a las pugnas entre ambas organizaciones en septiembre de 1926. *Ibíd.*, 62.

¹⁵³ Véanse las cartas de Luz Franco de Perches, AFD, c. 13, leg. 1290 doc. 2, leg. 1297 doc. 2.

¹⁵⁴ AFD, c. 13, leg. 1297, doc. 2; leg. 1306, doc. 2.

¹⁵⁵ AFD, c. 13, leg. 1321, doc. 1; leg. 1331, doc. 2.

¹⁵⁶ AFD, c. 13, leg. 1357; también Meyer, *La cristiada*, 74-78.

al caudillo.¹⁵⁷ Por ello, los felicistas trataron de obtener el apoyo del obispo de Huejutla, de José de Jesús Manríquez y Zárate del Partido Católico, de los caballeros de Colón y de la Asociación Cristiana de Jóvenes Mexicanos;¹⁵⁸ pero en junio de 1927, José Ortiz Monasterio fue nombrado jefe militar de la Liga Católica, lo cual provocó la ira de los felicistas. Al sentirse desplazado, Félix Díaz señaló que tanto Ortiz Monasterio como Luis G. Bustos eran unos vividores.¹⁵⁹

Al respecto, Jean Meyer consigna que “si la Liga no aceptó, se debió a que desconfiaba de un ambicioso como Félix Díaz y prefería un militar dócil como Ortiz Monasterio o Rubio Navarrete”.¹⁶⁰ De cualquier manera, los planes católicos no excluían a Félix Díaz, más bien pensaban en una Unión Nacional que reuniera a porfiristas, maderistas, católicos, etc., pero finalmente nunca se logró dicha meta.

Como estaban condenados al aislamiento, los felicistas tuvieron que tragarse su enojo y buscaron unirse con los católicos; así, se contactaron con Enrique Gorostieta, el nuevo líder militar de los cristeros.

La rebelión cristera acabó de demostrar que los buenos años del felicismo (si es que habían existido), habían pasado hacía mucho y que provocaba pocas emociones en el orden político.

Al margen de la rebelión cristera, el felicismo buscó apoyo en la Casa McCarthy y Cía. de Galveston, que tenía acciones en The Alamo Mining and Smelting Co., de Nuevo León; por otra parte, Pedro Duhart (agente felicista) se obstinaba en conseguir el apoyo oficial y financiero a través de Wilbur Bates.¹⁶¹ También se especuló que el Departamento de Justicia no obstruiría una acción de Félix Díaz para entrar a territorio mexicano con mil doscientos hombres, financiados por el First National Bank; el plan incluía promover la presidencia interina de Francisco León de la Barra; Además, se decía que había contactos con banqueros y comerciantes de San Francisco y Seattle.¹⁶² Otro de los posibles financieros era el judío millonario Kupp, de quien se decía había andado con Pancho Villa,¹⁶³ y también se especuló que los caballeros de Colón y el propio clero habían dado dinero al felicismo.¹⁶⁴

Pedro Duhart, desde Nueva York, comunicaba que The Mexican People's Bureau of Public Information in the U.S., fundada para obtener aportaciones, tenía éxito pues había recibido dinero de los arzobispos de Baltimore San Antonio, monseñor Dunn y monseñor Bedford, respectivamente. La organización era presidida por Adolfo Ferrer y también participaban el propio Duhart, José Garza Aldape y

¹⁵⁷ AFD, c. 13, leg. 1352, doc. 1; leg. 1370, doc. 1; leg. 1371, doc. 1; leg. 1376, doc. 1.

¹⁵⁸ AFD, c. 15, leg. 1431, doc. 1; c. 14, leg. 1421, doc. 1; leg. 1451, d. 2.

¹⁵⁹ Véase la carta de Félix Díaz a Guillermo Rosas Jr., 21 de octubre de 1927, AFD, c. 15, leg. 1510, doc. 1. Guillermo Rosas también montó en cólera y se decepcionó de los católicos; al respecto, véase AFD, leg. 1510, doc. 2; leg. 1515, doc. 2; leg. 1622, doc. 1.

¹⁶⁰ Meyer, *La cristiada...*, vol. 1, 79.

¹⁶¹ AFD, c. 13, leg. 1312 doc. 2; leg. 1360 doc. 2.

¹⁶² Carta de Francisco López Carvajal a Guillermo Rosas Jr., 14 de mayo de 1927, AFD, c. 14, leg. 1411, doc. 1.

¹⁶³ AFD, c. 13, leg. 1353, doc. 1; leg. 1360, doc. 1; leg. 1361, doc. 1.

¹⁶⁴ AFD, c. 15, leg. 1452, doc. 2; c. 16, leg. 1595, doc. 2.

Wilbur Bates. El dinero recaudado alcanzaba para editar panfletos, y se habían mantenido a distancia de la Liga Católica de México y del clero mexicano. Al parecer, también fundaron la Independent Fruit Corp., con la misma intención recaudadora. Lo cierto es que el felicismo se mantenía más de las aportaciones de sus propios militantes, como Luz Franco de Perches, que de financiamiento exterior.¹⁶⁵

La muerte de Obregón en 1928 pareció reanimar los trabajos de los exiliados y formaron la Junta General de la Asociación Cívico-Mexicana de Protección Mutua, con la participación, entre otros, de Nemesio García Naranjo, Félix Díaz, José de Jesús Manríquez y Zárate (obispo de Huejutla), Jorge Prieto Laurens, Adolfo de la Huerta, Enrique Estrada, etc. Sin embargo, las diferencias ideológicas y protagonismos pesaron más y, desde luego, la organización no condujo a nada.¹⁶⁶

Ante la evidencia, por enésima ocasión, de que no obtendrían recursos y de la consolidación de los gobiernos revolucionarios, sobrevendrían algunas bajas en el felicismo. Pedro del Villar se había ido a México; Guillermo Rosas, cansado de estrecheces, se mudó a Los Ángeles, donde puso un restaurante. Otros, como Nemesio García Naranjo y Federico García y Alva, oficialmente avisaron de su salida del felicismo; en México había fallecido en marzo de 1928 Pablo Ariza, que presidía ahí la Junta Revolucionaria; Melesio Martínez había muerto en abril de 1930 y al año siguiente Pedro Duhart.

Algunos de los más fieles y obstinados en la causa empezaron a flaquear. Antonio Escobar comentó que desde 1920 había vivido en angustia y luchas sin tregua. Rodolfo Reyes, en mayo de 1928, escribió a Félix Díaz desde Bilbao observando lo remota que se presentaba la posibilidad de intervenir en México; por ello, consideraba insano y absurdo el sacrificio al que se sometía tomando en cuenta que no contaba con los elementos idóneos. Ya antes había confiado a García y Alva: “De Félix siento confirmar en mí mismo esa frialdad, ese poco calor humano, que le ha hecho mucho mal a él y a la buena causa [...]”.¹⁶⁷

Finalmente, Félix Díaz volvió a tierras mexicanas el 19 de abril de 1937, esta vez sin pretensiones políticas y para siempre; se refugió en el puerto de Veracruz, donde murió en paz en julio de 1945.

¹⁶⁵ AFD, c. 15, leg. 1479, doc. 1.

¹⁶⁶ AFD, c. 17, leg. 1708, doc. 2; leg. 1688, doc. 2.

¹⁶⁷ AFD, c. 16, leg. 1629, doc. 1. El comentario de Reyes reproducido en c. 13, leg. 1257, doc. 2.

Fuentes complementarias

ARCHIVOS

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

Fondo Obregón/Calles, Fondo Jorge Vera Estañol, Fondo Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales.

ARCHIVO HISTÓRICO DE PETRÓLEOS MEXICANOS

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

PUBLIC RECORD OFFICE, FOREIGN OFFICE

Londres, Inglaterra (microfilmes en El Colegio de México).